

ZACK

&

TIM

EL LOBO PELIRROJO

—Oye, ¿dónde están los lobos? —le preguntó Mary, cansada de buscarlos entre la gente.

—La manada suele estar en el piso de arriba —respondió la camarera en un volumen suficiente alto para hacerse oír mientras señalaba una parte del local con la cabeza—. Si no están ocupados, claro.

—Vamos al piso de arriba —me dijo Mary al oído.

Negué con la cabeza y cogí mi vaso largo antes de seguir a Mary de nuevo entre la muchedumbre que bailaba. Me acabé la mitad de la copa antes de alcanzar las escaleras, notando el líquido frío, burbujeante y dulce bajando por la garganta y manchando las comisuras de mis labios. La gente iba y venía de la parte alta, bajando y subiendo, llegando a empujarnos en ocasiones, recibiendo tan solo miradas secas como respuesta y más empujones de nuestra parte. La sala superior no era mejor que la sala inferior, solo había un poco menos de gente y sillones semicirculares alrededor de mesas con mucho alcohol. Olía más fuerte, eso sí, y la luz dejaba de ser tan molesta y se convertía en una iluminación suave y de un azul frío.

Mary se detuvo a un lado, cerca de la barandilla metálica y echó otro rápido vistazo.

—Ahí están —me dijo, señalando con la cabeza a los sillones.

Miré discretamente mientras bebía más alcohol. Los lobos destacaban bastante porque, como habían dicho en la charla, eran muy altos, muy fuertes y bastante atractivos. Estaban rodeados de humanos que hacían todo lo posible por llamar su atención. La mayoría estaban borrachos o colocados, buscando desesperadamente a un Lobo que hiciera sus sueños húmedos realidad.

A mí me parecían estúpidos y patéticos.

—No te muevas, no quiero perderte de vista —me dijo Mary antes de irse con su copa en la mano a uno de esos sillones.

A ella siempre le habían gustado los rubios, así que eligió a uno de los lobos con el pelo plateado y brazos más grandes que mi cabeza que había en uno de los asientos pegados a la pared. Al parecer, era uno de los más «demandados» y tendría bastante competencia, pero Mary no había venido allí para conformarse con cualquiera. De eso no había duda. Me terminé la copa y me moví de mi sitio para ir a dejarla sobre una de las mesas redondas. Había mucha gente alrededor de un moreno de pelo largo y barba corta, demasiado ocupados riéndose y tocándole los brazos para darse cuenta de que me llevaba una de las botellas de vodka de la mesa. Allí no faltaba de nada, por supuesto, era la zona de la Manada. Encontré un asiento libre en la esquina de uno de los sillones más alejados, pero una zorra algo borracha se me adelantó y se sentó antes que yo. Le dediqué una mirada asqueada y me moví al siguiente sitio que encontré en uno de los sofás de la esquina. Empecé a beber directamente de la botella y a apoyar la cabeza en el respaldo mientras seguía el ritmo de la música con los pies. Cuando ya me había terminado la mitad, me dio por echar una ojeada al local, buscando a Mary por algún lado, pero lo que encontré fue a un lobo pelirrojo que me miraba de

vuelta. No se cortaba demasiado porque yo estaba en su sofá, así que quizá se creyera que estaba interesado en comerle la polla o algo.

Era bastante atractivo, no era el más guapo de todos, pero sí uno de los que más llamaban la atención por su pelo entre el rubio anaranjado y el cobrizo. Tenía un rostro fuerte y masculino, aunque su barba espesa y tupida se lo redondeaba un poco, dándole un aspecto menos intimidante, al igual que sus bonitos ojos color chocolate. Tenía un peinado moderno de flequillo largo seguido de un degradado que terminaba al mismo nivel que las patillas, las cuales descendían hasta casi el final de sus mejillas, porque era de esos que se afeitaban para dejar la barba al mismo nivel, creando una «L» que se conectaba directamente con la parte baja del bigote. El lobo me miraba con el ceño levemente fruncido, pero su postura era relajada y de piernas abiertas. Tenía unos horribles pantalones de baloncesto sueltos, pero un enorme bulto en la entrepierna que no dejaba nada a la imaginación. Muy similar a su camiseta gris tremendamente apretada sobre su cuerpo musculoso, de espalda ancha, hombros grandes, bíceps marcados y pectorales hinchados como si les hubiera metido aire como a un globo. Lo más gracioso de todo era que aquel lobo también tenía unos pezones bastante pronunciados que sobresalían como pequeños bultitos contra la tela tensa y firme. No era nada malo, solo algo que me hizo gracia.

Compartimos una mirada silenciosa en mitad de la música alta, las luces azuladas y la peste que inundaba el local. Entonces levantó un momento la cabeza, como una especie de saludo relajado y casual que dijera «Ey...». Quizá fuera el alcohol o que ese lobo no pareciera tan terrible y peligroso como el resto, pero respondí a aquel saludo con un gesto igual de relajado y amigable. El pelirrojo esperó otro par de segundos y entonces me hizo una señal para que me acercara, haciéndole otra al hombre que no paraba de acariciarle el bíceps y sonreír como un subnormal. Con sorpresa, el chico se fue, dándole un golpe furioso a la mesa y derramando un par de botellas. El lobo clavó su mirada en él y gruñó mostrando un poco los dientes de anchos colmillos; entonces sí pareció tan peligroso como decían.

Sin embargo, cuando me miró de vuelta volvió a relajar la expresión a una tranquila y seria, repitiendo el gesto para que me acercara a él. Chasquéé la lengua y eché una rápida mirada al local. Mary seguí con el lobo rubio y parecía que iba a quedarse un buen rato allí, solo por la forma en la que trataba de enseñarle el pronunciado escote. Yo no quería problemas y no había venido allí a jugar con lobos, pero, por estúpido que pudiera parecer, me había gustado aquel saludo relajado y calmado del pelirrojo. Y, como no tenía nada mejor que hacer para matar el tiempo, me acerqué a él, sentándome con la pierna cruzada sobre el sillón, con un brazo apoyado en el respaldo para quedar de cara al lobo.

— ¿Qué pasa? —le pregunté, asegurándome de que mi tono fuera indiferente y de que el lobo no se hiciera ilusiones.

— Dímelo tú, eres el que se ha sentado en mi sofá —respondió con una voz grave y tranquila.

Me encogí de hombros.

— Era uno de los pocos asientos que quedaban libres.

— Hay otros asientos libres en los sofás de delante — hizo un gesto con la cabeza, pero no dejó de mirarme fijamente con sus ojos de chocolate, reflejando un poco la luz de un azul pálido que inundaba aquella parte del local.

— Me gusta pasar desapercibido, así que me vine a la esquina.

— No te creo... — me miró de arriba abajo sin ningún tipo de pudor, lentamente, como si lo disfrutara —. No tienes pinta de ser nada discreto...

Me quedé un momento en silencio, mirando sus ojos marrones de pestañas claras. Entonces se me escapó un bufido y una media sonrisa.

— Depende del momento — murmuré.

El lobo pelirrojo ladeó la cabeza, volcándola un poco hacia mí, pero sin girarse.

— Los sofás son solo para los humanos que quieran un Macho. Si lo que quieres es pasar desapercibido, puedes esconderte detrás de las columnas.

Esperé otro pequeño silencio. Había empezado a notar un olor más fuerte a sudor que llegaba del lobo. Una peste cálida y fuerte, pero no exactamente desagradable, más bien como si no se hubiera cambiado de ropa ni duchado en toda la semana: demasiado intenso, denso y algo salado. Me había detenido porque no estaba seguro de si aquella peste animal me disgustaba o no y, a cada respiración, la balanza se inclinaba más rápidamente al «sí» y al «mucho».

— Será solo un rato hasta que mi amiga se canse de intentarlo — respondí, haciendo una señal con la cabeza hacia Mary a lo lejos.

Pero también levanté mi mano y rocé con la punta de los dedos el enorme y cálido bíceps del lobo, una suave caricia distraída, discreta y casi casual. En la charla de PIHL habían dicho que aquello les gustaba y lo hice porque estaba cómodo en aquel sofá con buenas vistas a Mary y... porque quizá aquel lobo pelirrojo me estaba gustando bastante. No parecía un gilipollas sin control que me metería en problemas, solo un hombre jodidamente grande, guapo, apestoso y calmado que, quizá, incluso me hiciera replantearme mi idea de no probar algo diferente aquella noche.

El lobo bajó la mirada a mi mano mientras le acariciaba con la punta de los dedos, volvió a mis ojos y después echó una rápida ojeada a dónde le había señalado antes.

— No quería venir sola, así que se trajo al amigo más guapo que tenía para distraernos si algo malo pasaba, ¿no? — me preguntó.

Se me escapó un rápido bufido y una media sonrisa.

— No, realmente me trajo porque sé usar una navaja — respondí. Decir aquello quizá no era lo mejor, pero me daba la impresión de que aquel lobo era un tipo agradable, peligroso, pero de esos capaces de sacarte una sonrisa antes de matarte.

— Oh... — murmuró él, poco impresionado con aquello—. Así que eres un humano peligroso.

— Solo si me obligan a serlo — le dije. No llegaba a ser una advertencia, pero se parecía mucho.

— Igual que nosotros... — murmuró.

Entonces se movió un poco. Apartó el brazo de mí y me detuve, creyendo que quizá no le había gustado el roce, pero solo lo hizo para poder extenderlo por el respaldo, apartando mi propio codo apoyado ahí. Se ladeó suavemente hacia mí,

metiendo su otra mano en el bolsillo y dejando al descubierto su torso. Había temido que el roce le hubiera disgustado, pero que me dejara libre acceso a su barriga y su pecho era una de esas buenas señales de las que había hablado la gilipollas de la charla. Los lobos eran los que decidían avanzar, y, al parecer, al pelirrojo le interesaba avanzar conmigo. Se quedó en silencio, mirándome fijamente a los ojos hasta que el movimiento de mi mano le distrajo, siguiéndola atentamente en su camino hacia su abdomen. Sentí los marcados abdominales bajo la tela cálida y respiré un poco más fuerte aquella peste a sudor. Le acaricié tan suave y distraídamente como en el brazo, un toque interesado, pero no desesperado. El lobo cerró un momento los ojos y después volvió a mirarme.

— Yo soy Tim, por cierto — me dijo.

— Zack — respondí yo, colocando la mano entera en su abdomen para mover los dedos suavemente como si le rascara.

— ¿Es la primera vez que vienes al Luna Llena, Zack?

— Sí.

— ¿Y qué te parece?

— No es lo que me esperaba.

Tim, el lobo pelirrojo, sonrió un poco e inclino la cabeza. No lo suficiente para besarme, sino más bien para crear una cercanía íntima que no hizo más que incrementar la tensión sexual más que evidente que había entre nosotros.

— ¿Te esperabas que estuviéramos todos ladrando, gruñendo y cazando a humanos indefensos de un lugar a otro? — preguntó, en voz baja, pero lo suficiente alto para hacerse oír con la música.

— No, me esperaba que las putas copas no fueran tan caras y que quizá viera a un montón de gente follando.

— Eso es que no has ido todavía al baño.

Se me escapó otro bufido y otra sonrisa, más amplia que la primera vez.

— Entonces estoy en la parte aburrida del club — murmuré.

— Te puedo llevar a la parte divertida si quieres, Zack... — respondió.

— Ahm... — dije, porque fue todo lo que se me ocurrió.

Ya estaba acariciando de arriba abajo su abdomen, inmerso en aquella peste y planteándome seriamente ser una de esas personas que se le habían hecho una mamada a un lobo en los baños. Pero, por muy cachondo que estuviera, todavía no quería dar una respuesta clara. Tim parecía saber jugar con la tensión sexual y sacarle el máximo partido, y, aunque yo era un cabrón impaciente y directo muchas veces, aquello me estaba resultando bastante agradable.

— ¿Y a qué te dedicas, Zack? — me preguntó el lobo pelirrojo, moviendo la mano del respaldo para acariciarme la nuca y el cuello tan sutilmente como yo hacía con él.

— Trabajo en una tienda veinticuatro horas de las afueras para unos jefes racistas e hijos de puta. ¿Y tú, Tim?

— Trabajo para la Manada, como todos los demás.

— ¿Sois tan malos y crueles como dicen por ahí? — quise saber. Era una pregunta que no le hubiera hecho normalmente a un lobo, pero aquel en concreto me dio la sensación de ser un tipo confiable que no se lo tomaría a mal.

— Somos bastante malos — afirmó —, pero no como creéis los humanos.

— Oh... no me digas — murmuré, subiendo la mano de su abdomen a su abultado pecho para tocar aquellos pectorales y, poco a poco, acercarme a esos pezones salidos que me hacían tanta gracia —. ¿Eres un puto Robin Hood que roba a los ricos para dárselo a los pobres, Tim?

El lobo sonrió y se dejó caer un poco más sobre mí, hasta que su axila un poco sudada rozó mi hombro y su rostro quedó todavía más cerca.

— No, Zack. No vamos dando dinero, pero sí que les robamos a los ricos — reconoció —, y a los pobres — añadió entonces junto con un cabeceo y un encogimiento de hombros.

— Entonces sois tan malos como dicen — concluí.

— Lo que quería decir es que no somos los salvajes que los humanos creéis — me aclaró, moviendo su mano lentamente desde mi nuca a mi cuello para hundir la puntas de los dedos en la abertura de mi camisa bajo la cazadora militar —. No vamos dando palizas por la calle ni hacemos daño a... — se detuvo para soltar un leve jadeo cuando empecé a jugar con uno de sus pezones salidos. Se mojó los labios y terminó —: a quien no se lo busque.

— Pues he oído que sois bastante salvajes, Tim, sobre todo en los baños.

El lobo pelirrojo sonrió y dijo en voz más baja:

— Tú sigue así, Zack, y podrás comprobarlo por ti mismo muy pronto...

— Mmh... — murmuré con una fina sonrisa en los labios.

Tim me apretó un poco contra él y movió la cadera, haciendo resaltar el bulto elevado y duro que ya tenía en sus pantalones de baloncesto. Al ser tan sueltos, parecía una jodida tienda de campaña, una que se estaba mojando bastante en la punta, oscureciendo la tela roja por momentos. Entonces se sacó la otra mano del bolsillo para levantarme la visera de la gorra, lo suficiente para que, cuando me apretó más contra él, no le hiciera daño mientras me besaba. No fue algo rápido ni sórdido, quizá si bastante húmedo, pero eso me gustaba. Empezó con un pequeño beso corto, seguido de otro más largo y un jadeo cálido que me erizó la piel. Le respondí con otro, porque ya era muy tarde y yo estaba demasiado cachondo para dar marcha atrás. Deslicé la mano por su amplio pecho y le apreté el otro pezón, produciendo un leve gruñido en la garganta del lobo. Creí que quizá la hubiera cagado, antes de darme cuenta de que había vuelto a mover la cadera con necesidad. Cuando acercó sus labios finos, jugó un poco con la lengua, acariciando los míos mientras seguía gruñendo por lo bajo. No fue hasta que me mordió suavemente del inferior y tiró de él mientras se deslizaba entre sus labios que, tragué saliva y jadeé:

— Joder...

El lobo se rozaba, el olor era cada vez más fuerte y yo lo absorbía rápidamente entre respiraciones entrecortadas y jadeos mientras Tim no dejaba de besarme y apretarme contra él. Llegó un punto en el que puse mi pierna por encima de la suya y me incliné sobre su cuerpo, moviendo la mano hacia su hombro y de allí a su enorme bíceps para apretarlo. Era tenso y duro, puro músculo y piel bañada en pequeñas pecas anaranjadas.

— Joder... — repetí, esta vez con los dientes cerrados y un poco de locura en la voz —. Vamos al puto baño, Tim — no era una pregunta, sino una orden.

— No. Todavía no — negó él muy cerca de mis labios —. Quiero más de esto.

Me enfadó un poco, pero no podía dejar de frotarme contra él como un adolescente salido y empalmado. Tim no se quedaba atrás, con una mano apretada en mi muslo mientras no dejaba de mover lentamente la cadera, aumentando más y más esa mancha húmeda y oscura de sus pantalones de baloncesto. Le recorrí todo el brazo, el pecho y los abdominales, allí donde pudiera, apretando en algunas partes y perdiendo el aire. El lobo estaba cada vez más sudado, lo que quería decir que apestaba cada vez más fuerte, pero nada comparado con el denso olor que llegaba de su entrepierna. Al igual que su cuerpo, era como si no se la hubiera lavado en toda la semana, empapada y terriblemente apestosa. Me gustaría poder decir que me dio asco, pero lo cierto era que ese olor primitivo y sórdido solo me ponía más y más cachondo por momentos. Desgraciadamente, cometí un error. Cuando traté de tocarle la polla, se encogió y movió su mano rápidamente desde mi muslo para protegerse la entrepierna.

— Eso no, Zack — me dijo con tono serio y una mirada fija —. Jamás le toques la polla a un Macho sin su permiso.

Cogí una bocanada de aquel aire apestoso y le miré mientras me pasaba la lengua por los labios empapados en saliva de lobo. Era cierto, lo habían advertido en la charla, pero a mí se me había ido la cabeza porque estaba tan empalmado que dolía y tenía el cuerpo a la temperatura de la lava hirviendo.

— De acuerdo — respondí con una voz ronca después de tanto jadear y gruñir. Para compensarle, volví a acariciarle el pecho y esperé a que eso fuera suficiente, porque como me dejara así en ese momento... iba a quemar el puto club de arriba abajo.

Tim gruñó, no como antes, sino esta vez a forma de advertencia. Algo breve antes de recostarse y volver a dejar su mano en mi muslo. No dejó de mirarme fijamente mientras le acariciaba, hasta que, pasado un minuto, me hizo una señal hacia la espalda.

— ¿Por qué no salimos al callejón, te fumas un pitillo y lo retomamos desde ahí, Zack? — me preguntó.

Moví la cabeza a un lado y cerré los ojos, esperando a que el cuello me crujiera. Solo quería tranquilizarme un poco, ya que todo aquello me había superado de una forma que yo no me esperaba y odiaba perder el control. Y menos por culpa de otra persona.

— Tienes razón — murmuré —. Necesito un pitillo.

El lobo asintió, a la espera de que me levantara primero para seguirme. Me agarró de la muñeca, algo que no me hizo gracia a lo que dediqué un par de segundos de mirada seria antes de girar el rostro hacia Tim. Él no dijo nada, solo volvió a señalar la salida de emergencias con un cabeceo seco. Me tragué mis quejas y, apretando los dientes, empecé a caminar hacia la salida, dejando atrás un sofá vacío. El resto de personas debieron perder la esperanza al vernos montándonoslo de aquella manera.

Salí al exterior con un pitillo ya en los labios húmedos, respiré una bocanada de aire fresco y hasta agradecí la suave lluvia que caía. Fue como brotar a la superficie después de haberte pasado minutos bajo el agua. Incluso con la peste a meados y los ruidos sexuales que llegaban desde la parte oscura, fue un

momento maravilloso. Me encendí el pitillo y fumé una calada que me supo a gloria, dando un paso hacia la pared contigua a la puerta. Apoyé la espalda en los ladrillos sucios y miré al lobo pelirrojo, que se había cruzado de brazos para quedar casi pegado a mí. De pie y con aquella expresión seria, era mucho más intimidante que antes. El cabrón debía medir un metro noventa y cinco, quizá incluso más, y tenía un cuerpo grande y musculoso con el que podría ahogarme en apenas segundos. Sin embargo, no sentí miedo por estar encerrado entre él y la pared. Aquella peste a sudor seguía ahí, al igual que el denso olor de su entrepierna ya tan empapada que parecía que se hubiera meado encima.

—¿Te has enfadado mucho, Tim? —le pregunté tras soltar la segunda calada, levantando mi mano libre para acariciarle los abdominales.

—No me ha gustado, Zack —reconoció—. Lo estaba pasando muy bien y me pusiste nervioso.

Cogí una bocanada de aire y aparté un momento el rostro hacia la salida del callejón, un poco iluminaba por las farolas de la calle y no tan en penumbra.

—Lo siento, Tim —tuve que decirle, después de todo, había sido un error mío—. Me has puesto cachondo como un puta perra y tengo muchas ganas de comerte la polla —le miré de vuelta a sus ojos marrones.

El lobo asintió.

—Yo también estoy muy cachondo, pero no me gusta que un humano cualquiera me toque donde no debe.

—En mi defensa diré que no lo sabía —mentí, mentí como un cerdo porque quería que ese lobo me reventara el culo allí mismo.

—De acuerdo —murmuró Tim, bajando los brazos para no tener una postura tan a la defensiva. Se acercó hasta pegarse del todo y apoyó las manos en la pared, bajando la cabeza para poder seguir mirándome a los ojos—. No me toques donde no pueda verlo y jamás en la entrepierna ni el cuello.

Asentí. Ese lobo me estaba sorprendiendo bastante. Me gustaba lo calmado que era y que supiera aceptar una buena excusa y un fallo tonto. Yo había cometido muchos errores en mi vida y todavía no me habían perdonado por ellos; era curioso que Tim, que apenas me conocía, fuera más comprensivo que la mayoría de humanos.

Así que moví la mano que había quedado atrapada entre nuestros cuerpos y la llevé a su costado, el tercer paso de la lista que me había saltado por completo. El lobo no dijo nada y, como tampoco pareció incómodo, le acaricié de arriba abajo suavemente mientras terminaba de fumar. Solo pude darle dos o tres caladas antes de arrojar el cigarro a medio fumar hacia uno de los charcos del callejón, echando una columna de humo a un lado antes de girarme hacia el lobo y colocar mi otra mano en su enorme bíceps. Sin ser demasiado consciente de lo que hacía, incliné la cabeza para acercar la nariz al centro de su pecho abultado y coger una buena bocanada, como si se tratara de algún tipo de droga. Supe que iba a ser un problema y que estaba jodido como, al igual que cuando me metí mi primera raya, cerré los ojos debido al subidón y jadeé.

—Joder, qué bien hueles...

Los pectorales de Tim vibraron un poco y temí volver a haberla cagado, pero cuando levanté la mirada me encontré con una suave sonrisa orgullosa y su cabeza alta.

—Tengo un olor fuerte —reconoció, pero no como si fuera algo malo—, a algunos humanos les resulta abrumador...

—A mí me gusta bastante —me encogí de hombros sin darle mayor importancia—, como la peste que te sale del pantalón.

Tim hinchó todavía más el pectoral, apretándome un poco contra la pared. Parecía bastante orgulloso del terrible olor que le salía de la entrepierna empapada.

—Me gusta mojarme mucho, Zack —me explicó, separándose lo justo para poder bajarme la cremallera de la cazadora militar y abrirla para rozar aquel enorme bulto duro contra la parte baja de mi abdomen. Solo con un par de movimientos conseguí mancharme la camiseta—, pero normalmente tardo un poco en conseguir hacerlo tanto...

—Me halagas, Tim —murmuré.

El lobo sonrió y movió sus manos de la pared: una para agarrarme del pelo y la otra de la muñeca. Tiró de mi cabeza para moverla a un lado y dejar al descubierto el cuello, como si se tratara de un vampiro que me fuera a chupar la puta sangre. Creí que iba a hacerlo cuando acercó los labios, pero solo sorbió para hacerme un chupetón que lamió con cuidado antes de hacerme otro más abajo. Odiaba los chupetones, pero no hice nada por impedir que siguiera, porque el muy hijo de puta no paraba de mover la cadera y rozarme el abdomen, manchándome a mí, produciendo más líquido preseminal y aturdiéndome por el olor de... todo en general. Así que solo apreté los dientes, cerré los ojos y solté aire. Oí gruñir por lo bajo a Tim, pero de esa forma que creo que significaba que se estaba poniendo demasiado cachondo. Se apretó más contra mí y movió su rostro, casi como si quisiera acariciarme con la barba, hasta volver a alcanzar mis labios. Cambió la mano con la que apretaba mi muñeca hacia mi cuerpo, liberándome lo suficiente de la pared para poder meterla dentro de mi vaquero viejo.

—Mierda, Tim... —jadeé cuando noté que me abría las nalgas y empezaba a jugar con mi ano, rozándolo solo con la yema de uno de sus enormes dedos callosos.

El lobo se separó de mis labios, solo para oírme y verme jadear y gemir por lo bajo. No paraba de apretarme el pelo, pegarme mucho a él y frotarse la entrepierna contra mi cuerpo. Como, al parecer, eso no era suficiente, quitó un momento la mano de mi culo para bajarse el pantalón y sacarse la enorme polla de lobo completamente mojada para encerrarla entre nuestros cuerpos y frotarla, manchándome de aquel líquido caliente y viscoso por completo. Era extraño. O, al menos, la forma más sencilla de explicarlo es decir que «era extraño».

Por una parte, solo estaba deseando que me diera la vuelta y me follara hasta correrse, dos, tres o cuantas veces fueran necesarias y acabar ya con aquella tortura de excitación y locura que me estaba consumiendo. Por otro lado, no quería que parara. Me estaba gustando muchísimo aquel pequeño espacio que había creado apretando nuestros cuerpos, como un pequeño mundo caliente, apestoso, húmedo y sórdido. Cada vez que movía la cadera, yo jadeaba y gemía

por lo bajo, incapaz de contenerme mientras su dedo en mi culo se adentraba en mí más y más. Tim me miraba fijamente, con los labios entreabiertos, disfrutando del placer que me daba, mojándose más, manchándose a él y a mí porque su polla dura no dejaba de producir una cantidad absurda de líquido preseminal que quedaba encerrado y atrapado entre su cuerpo y el mío. Entonces, quizá minutos o horas después, volvió a tirar de mi pelo para acercar los labios a mi cuello y hacerme otro chupetón, solo que esta vez también mordió un poco antes de gruñir, contraer el abdomen y correrse.

No me separó, al contrario, me pegó todavía más a él mientras un nuevo líquido espeso, maloliente, caliente y denso nos mojaba, rivalizando con la gran mancha que ya teníamos ambos en la camiseta. Me quedé... jadeando, por supuesto, pero también con la mirada en la pared y los brazos apretados alrededor de su cuerpo. No me esperaba aquel giro tan sórdido y sucio del lobo pelirrojo, ni que le gustara mancharse tanto y correrse de esa manera. En cuando a mí, estaba descubriendo rápidamente muchas cosas de él que me gustaban, además de su carácter, quiero decir.

—Joder... —dijo Tim, levantando la cabeza de mi cuello para agitarla y sonreír—. Me estuve aguantando un buen rato pero no pude más —sonrió.

Entonces me cogió en brazos como si no pesara nada, sin apartar su cuerpo del mío, más caliente y resbaladizo ahora que estaba cubierto de corrida reciente. Sin decir palabra, me llevó a la parte oscura del callejón, tras el contenedor industrial del que salían gemidos, gruñidos y sonidos húmedos de mamadas. Se detuvo en la penumbra y me apoyó suavemente la espalda en la pared, sin bajarme de sus brazos para bajarme lo más posible el pantalón.

—Por esto odio los putos vaqueros... —se quejó, llegando a gruñir cuando no pudo bajarlos y tuvo que separarse de mí para alcanzar el botón de la entrepierna. Chasqueó la lengua y gruñó más.

Me dio tiempo a bajar la mirada aturdida y algo nublada para ver lo manchados que estábamos. Mi camiseta blanca de promoción de un refresco chino, tenía una enorme mancha que me llegaba casi hasta el pecho, perlada de regueros blanquecinos y más densos. El lobo no está mucho mejor, con otro enorme lamparón sobre su camiseta gris y unos pantalones de baloncesto que casi se podían escurrir.

—Vaya, Zack, ¿y todo esto? —me preguntó con una sonrisa algo cruel en la penumbra, tocando mi calzoncillo empapado tras... no sabía ya cuánto tiempo de continua excitación y empalmado como un mono.

—No me jodas, Tim... —jadeé—, te juro que estoy a punto de estallar...

Al lobo le hizo gracia mi comentario, sonrió más y asintió un par de veces, acercando su polla empapada y manchada hacia mi ano. Solo tuvo que guiarla, porque prácticamente entró sola. Sin ningún esfuerzo. Apreté los dientes, levanté la cabeza y le rodeé con más fuerza la cadera, acercándole más a mí como si me la pudiera meter incluso más dentro. Tim tenía una polla de lobo, una bastante buena, gorda, pero no hasta el punto de hacerte daño, y larga, pero no monstruosa. Quizá fuera por la necesidad del momento, pero llegué a pensar que era la puta polla perfecta. Todavía más cuando empezó a mover la cadera y a

producir un sonido chapoteante y viscoso que se pudo oír incluso con mis gruñidos, los suyos y, como no, las palabras de amor y cariño que le dedicaba:

— ¡Joder, Tim. Sí, fóllame, pedazo de cabrón retorcido!

A lo que él solo respondía:

— Sí... vamos... gime más...

Tardó apenas un minuto en volver a correrse, llenándome esta vez el culo de una sensación cálida y no la camiseta. No se detuvo hasta alcanzar la tercera mientras me jadeaba en los labios, trataba de tragar saliva y sudaba, manchándose el rostro y la barba en esos momentos en los que le apetecía volver besarme. No me lo esperaba, pero llegó a una cuarta bastante apresurada en la que volvió a hacerme chupetones y a morderme. Entonces se quedó quieto, puso una mueca de incomodidad y contrajo el abdomen. La famosa inflación era tan extraña como habían dicho, pero yo ya estaba en las jodidas nubes, concentrándome solo en seguir respirando, así que ni le di importancia.

El lobo, con los brazos algo temblorosos después de mantenerme en alto todo aquel tiempo, descendió suavemente al sucio suelo del callejón para quedar de rodillas, pudiendo descargar el peso al apretarme contra él. No dijimos nada en varios minutos hasta que la inflamación remitió y pudimos movernos. Tim revisó en la penumbra, no demasiado preocupado, el destrozo de su ropa. Yo hice lo mismo, añadiendo un chasqueo de lengua mientras terminaba de abotonarme el vaquero y cerrarme la cazadora. Ya no solo apestaba a sudor de lobo, sino a corrida de lobo, algo que me acompañaría todo el camino a casa. Saqué un cigarro y me lo puse en los labios, encendiendo la oscuridad con una llama anaranjada antes de soltar una calada. A nuestro alrededor seguían los sonidos sordidos, las mamadas y el sexo, pero nosotros nos mirábamos tranquilamente.

— No quería creer a los que decían que era la hostia follarse a un lobo, pero la verdad es que ha sido cojonudo — reconocí.

Tim sonrió, pasándose una mano por el pelo mojado de la fina lluvia y sudado por el sexo.

— Sí, ha estado muy bien — afirmó, haciéndome una señal para que fuera yo primero. Pero, al pasar por su lado, me volvió a agarrar de la muñeca y me volví para darle una mirada de advertencia.

— Esto sí que no me hace gracia...

— Es... algo de Machos, Zack — trató de explicarme, quitándole importancia con un leve encogimientos de sus musculosos hombros —. Lo necesito.

— Y yo necesito que no me agarres de la muñeca como si fuera tu puto perro — respondí.

Tim puso una mueca incómoda de comisuras apretadas, frunció un poco el ceño y bajó la mirada hacia la mano que mantenía prieta alrededor de mi muñeca. Como si le costara, la soltó para levantarla un poco y agarrarme de la manga de la cazadora en su lugar. Eso tampoco me convencía, pero fumé una calada del pitillo y, con una expresión de enfado, lo dejé pasar. Me di la vuelta para ir yo primero, seguido muy de cerca por el lobo pelirrojo con su camiseta empapada de sudor, líquido preseminal y corrida. La mía estaba igual, pero al menos yo tenía una cazadora para ocultarlo. Cuando alcanzamos la parte más iluminada al lado de la puerta del local, miré el móvil y chasqué la lengua. Tenía seis llamadas

perdidas de Mary y cinco mensajes, cada uno más enfadado que el anterior hasta que simplemente había puesto: «Que te follen, Zack».

— ¿Algún problema, Zack? — me preguntó Tim, todavía un poco pegado a mi espalda. Por alguna razón, no había vuelto ya al interior del local, sino que se había quedado allí a la espera.

— Mi amiga se ha ido sin mí, así que me espera un puto camino a casa bastante largo — respondí.

Aun no estaba seguro de por qué le contaba esas cosas al lobo en vez de ignorarle e irme. Ya no estaba terriblemente cachondo ni tonteando con él en el sofá, como cuando le había contado dónde trabajaba o hablado de la navaja que tenía escondida en el bolsillo. Simplemente, Tim tenía algo agradable que me gustaba y que transmitía confianza.

— Mmh... qué zorra — murmuró.

Solté un bufido que arrastró el humo grisáceo por mis fosas nasales y después sonreí y asentí.

— Es una puta de cojones — reconocí —. Siempre me convence para ir a sitios de mierda y si ella no se divierte, se va y te deja tirado sin mirar atrás. Si hubiera sido Mary la que estuviera follando en el callejón — añadí mientras guardaba el móvil y miraba al lobo —, ya podía estar yo esperando debajo de la lluvia y muerto del asco que le iba a sudar la polla.

— Vaya... — dijo Tim en voz baja, con una expresión más seria de ceño fruncido —. Creía que erais amigos.

— Y lo somos — afirmé —. Amigos de reformatorio. — Me encogí de hombros —. Todos somos así, estamos un poco jodidos.

— Oh, ¿fuiste a un reformatorio? — me preguntó, un poco sorprendido, pero no demasiado.

— Sí... a un par — murmuré, dándome cuenta de que ya había hablado demasiado. Fumé una calada con la vista en la pared y solté el humo a un lado —. Bueno, Tim, ha sido un polvo cojonudo, pero tengo que irme.

El lobo se quedó mirando mientras me despedía de él con un gesto vago de la mano y me dirigía al final del callejón.

— Eh, Zack — me llamó entonces. No tendría que haberme parado, pero lo hice, girándome lo suficiente para mirarle por el borde de los ojos —. Yo iba a ir ahora a comer algo — movió la cabeza y los hombros en un gesto despreocupado, muy parecido al que yo hacía —. No me importaría acercarte a casa de camino.

— Vivo en las afueras — respondí, creyendo que eso le quitaría las ganas de insistir.

— ¿Muy a las afueras? ¿Está dentro del Territorio o vienes desde Tacoma o algo así?

Fruncí el ceño con una mueca de incomodidad. Tim no era la clase de lobo que me esperaba, y con eso quiero decir que no me caía del todo mal y no sentía la necesidad de ser un hijo de puta cortante con él; sin embargo, darle la dirección de mi casa seguía siendo algo preocupante.

— ¿El territorio llega a *Lincon's Hall*, más allá del lago? — pregunté, sabiendo que era demasiado lejos.

Tim asintió, sin embargo.

—Y más lejos que eso —me aseguró, dando los dos pasos que nos separaba para ponerse de nuevo cerca de mi espalda—. Oye, Zack, yo tampoco monto en mi coche a humanos que acabo de conocer, pero me has caído bien, hemos echado un buen polvo en el callejón y no me siento cómodo pensando que vas a caminar hora y media en mitad de la noche, bajo la lluvia y con la camiseta manchada de corrida.

Me quedé en silencio, ladeado para mirar sus ojos marrones en mitad de una expresión seria. Seguía oliendo de esa forma tan densa a sudor, pero también al líquido preseminal y a semen; todo era desagradable y asqueroso y el lobo no tendría que seguir allí cuando, en teoría, ya se había vaciado las pelotas; pero Tim no se había ido, mirándome tranquilamente y comportándose como un buen colega.

—Si prefieres volver solo, tampoco hay ningún problema —añadió, levantando las manos—. Solo era una oferta amistosa.

Moví la mirada a un lado y chasqueé la lengua.

—Si me pudieras acercar, sería cojonudo —reconocí en apenas un murmullo.

Tim asintió y volvió a agarrarme de la manga de la cazadora antes de hacerme una señal hacia el final del callejón. Por supuesto, tendría que ir yo delante, dejándome guiar hasta un bonito Toyota todoterreno negro metalizado. El lobo me soltó entonces y sacó las llaves para abrirlo, subiendo y esperando a que yo le diera la vuelta para entrar por la puerta del copiloto. Su coche, al igual que él, apestaba a aquel sudor denso y salado que tanto me había empezado a gustar. Recién follado y bastante calmado, ya no me excitaba como al principio, pero sí me atraía de alguna forma que no conseguía entender.

—¿Te gusta la música? —me preguntó, arrancando el motor antes de pulsar el carísimo reproductor con pantalla táctil que tenía instalado en el coche.

—Bastante —respondí, todavía en aquel papel de chico guapo e indiferente.

—Elige la que quieras, tengo *Spotify* —me ofreció.

—¿Tratas de impresionarme con una suscripción a *Spotify*, Tim? —le pregunté.

—Ya te he follado, Zack, no necesito impresionarte —respondió con una naturalidad que consiguió arrancarme otra sonrisa—, pero sí, tengo *Spotify*, *Netflix*, *HBO*, *Disney+* y *Amazon Prime*...

—Así que tienes dinero y un montón de tiempo libre —concluí, no demasiado impresionado mientras buscaba una buena lista de reproducción en la pantalla del reproductor.

—Me gustan las películas y series —reconoció—. ¿A ti?

—Yo no tengo tiempo para eso —murmuré, encontrando al fin un poco de música que parecía decente: buenos bajos y buen ritmo. Le di al botón de reproducción, pero me aseguré de bajar el volumen para poder seguir manteniendo una conversación. Tim no lo sabía, pero ese era todo un halago de mi parte—. Trabajo todas las noches de la semana por un sueldo de mierda.

—¿Los viernes también?

—He pedido la noche libre. Bueno, realmente le he dicho al gilipollas de mi jefe que «tenía que ir a llevar al pelo al vetelinalio».

Tim sonrió y me echó una rápida mirada por el borde de los ojos mientras conducía por el centro. Lo hacía un poco lento, o quizá a mí me parecía lento en

comparación con la forma frenética y suicida de Mary, pero el lobo deceleraba en cada semáforo en ámbar como si deseara que llegara a ponerse en rojo antes de cruzarlo.

— ¿Lo dices como algo racista o realmente hablan así? — preguntó.

Giré el rostro y le miré con una expresión tranquila de párpados algo caídos.

— Yo no soy racista, Tim — le dejé bien claro —, pero tampoco tengo miedo de decir la verdad. Si mis jefes son un puto estereotipo de chinos desagradables, usureros y cerrados de mente, lo digo.

El lobo asintió un par de veces, llegando a mover un poco el cuerpo.

— Me gusta la gente sincera, Zack — dijo —, y los que saben encajar una buena broma.

— Creía que solo te gustaba empaparte los pantalones y después mancharlo todo de corrida.

El lobo sonrió más y giró en un cruce para llegar al puente que cruzaba el lago.

— Me gusta alargar los preliminares, mojarme mucho, manchar y... apestarlo todo un poco — terminó reconociendo antes de encogerse de hombros —. Eso me pone bastante cachondo.

— Así que en realidad eres un puto rarito — concluí.

Timladeó la cabeza como si se lo pensara un momento.

— No exactamente — respondió —. No me gustan las cosas raras, pero el olor... me excita. El mío y el de los humanos. No sé si lo sabes, pero los Machos tenemos un olfato bastante bueno.

— Eso suena a puto rarito, Tim — insistí —. ¿También te pones a oler ropa interior y esas mierdas?

Tim se quedó sonriendo y, tras un momento de duda y de humedecerse los labios, me miró aprovechando la línea recta que era el puente.

— No puedo decirte que no lo haya hecho... — murmuró —. Mis humanos se mojan mucho también y quizá a mí me guste disfrutarlo...

Fruncí el ceño y puse una mueca asqueada, pero terminé riéndome.

— Joder... Tim — negué, moviendo la vista al frente.

— Puedes verlo como si yo fuera un perfumista, apreciando tonos y texturas... — insistió, acrecentando más y más mis muecas de asco —. Pero no me lo llevo, ni lo colecciono ni nada así, solo es en el calentón del momento. Como cuando tú me oliste el pecho — me recordó.

Cogí aire y lo solté con una bocanada. Sí, yo había hecho aquello...

— Estaba claro que me iba a follar al lobo más rarito del club — murmuré.

— No soy el más rarito — me aseguró —, todos tenemos nuestras cosas. ¿Te ha molestado saberlo, Zack?

Le miré por el borde de los ojos y esperé un par de segundos para responder:

— No, Tim. No me ha molestado, tranquilo.

El lobo pelirrojo asintió, tamborileó un poco los dedos largos sobre el volante y preguntó:

— ¿A ti te gusta algo en especial, Zack?

Me encogí de hombros.

— Me gusta mamar, que me la mamen, follar duro y un poco de cerdeo.

— ¿A qué le llamas «cerdeo»?

— A que me manchen la camiseta de corrida antes de dejarme el culo pringado y viscoso, Tim.

El lobo sonrió antes de reírse un poco.

— ¿Y siempre gritas y gimes tan alto o fue solo gracias a mí?

Resoplé, poniendo los ojos en blanco antes de recostarme sobre el asiento y cruzar los tobillos sobre el salpicadero. Me crucé también de brazos, pero sentí la camiseta mojada bajo la cazadora, ya algo fría, por lo que sentí un escalofrío que me recorrió el cuerpo.

— Si me gusta, se nota, Tim — respondí.

— Eso está bien... — murmuró el lobo, dedicándome una de sus miradas por el borde de los ojos —, me gusta saber que mis humanos disfrutan tanto como yo. Les hace mojarse más y oler más fuerte... — añadió.

Moví el rostro de ceño fruncido y labios apretados, pero no porque aquello realmente me molestara o me asqueara, solo para demostrarle que seguía creyendo que era un rarito de mierda. A Tim no pareció importarle y siguió con una suave sonrisa en los labios finos. Entonces suspiró y añadió un bajo:

— Eres muy guapo, Zack — mientras volvía la mirada al frente.

— Lo sé — afirmé.

Y se produjo un breve silencio, porque ya habíamos llegado a las afueras y apenas quedaban un par de minutos hasta alcanzar *Lincon's Hall*. Todavía quedaban unos diez minutos de caminata hasta mi casa, pero yo no le había dado la dirección exacta al lobo, solo por precaución.

— Aquí me vale — le dije, señalando un cruce —, así puedes dar la vuelta y no adentrarte demasiado en el barrio. Es un sitio peligroso.

— Ya lo veo — afirmó Tim, inclinándose para ver los edificios antiguos e industriales tras el parabrisas mojado de lluvia.

— Bueno, ha sido... guay conocerte, Tim — me despedí, algo un poco extraño, sinceramente. De haber sido otro, simplemente le hubiera soltado alguna gilipollez y hubiera salido, pero el lobo pelirrojo me había caído bien.

— Oye, Zack — me llamó antes de que saliera —, quizá puedas «llevar a tu gato al vetelinalio» la semana que viene y venir a verme al Luna Llena.

Me quedé con el cuerpo medio fuera del Toyota y le miré en silencio. No tenía pensado volver jamás al club, pero me sorprendí a mí mismo valorando la idea.

— Quizá... — murmuré antes de dedicarle un gesto vago de la mano a forma de despedida y cerrar la puerta.

Me sumergí a buen paso por una calle lateral y, cuando estuve seguro de que el Toyota negro metalizado había dado la vuelta, regresé para ir en dirección contraria hacia mi casa. Saqué un pitillo de la cajetilla y me detuve a encenderlo bajo un soportal cubierto de la lluvia. Chasqueé la lengua y negué con la cabeza. ¿A qué coño estás jugando, Zack?, me pregunté. Era mejor no volver jamás. Eso fue lo que me prometí, pero en ese momento no sabía lo jodido que era el mundo de las feromonas, ni lo mucho que Tim iba a cambiar mi vida.

Mary no volvió a llamarme, por supuesto. Cuando se enfadaba, se iba y se olvidaba de ti hasta que volviera a necesitarte, cuando no le importaba perdonarte para que le hicieras otro favor. Sin embargo, el viernes a la noche me planté frente a la puerta del Luna Llena, con un pitillo en los labios y una mueca molesta en el rostro. Me había prometido no volver, pero llevaba toda la semana cachondo como una perra, poniéndome una cazadora que todavía apestaba a Tim. Y eso ni siquiera había sido lo peor. Había tenido que tirar la puta camiseta manchada de corrida, porque lavarla tres veces al parecer no había sido suficiente para quitarle esa peste a polla y corrida de lobo. Una peste que me hacía ponerme tan cachondo que dolía y, tras cansarme de masturbarme como un jodido maníaco, había decidido volver. Solo una vez más.

Me sumergí en aquel ambiente cargado y maloliente, pasando de la gente que llenaba el local y dirigiéndome directamente a la parte superior de la Manada, con una claridad azulada más brillante que el resto. Recogí una de las botella de alcohol que había sobre la primera mesa por la que pasé en mi camino a la esquina, donde, como esperaba, había un lobo pelirrojo rodeado de humanos que le tocaban y le hablaba, tratando de conseguir su atención. Yo me quedé en una columna, sin embargo, visible pero a una cierta distancia, bebiendo y pensando que no me arrastraría. Si Tim quería volver a follar, bien, sino, que le dieran por el culo. Estaba muy cachondo, pero mi orgullo era a veces tan grande como mi necesidad.

Entonces el lobo levantó la mirada y me encontró allí apartado. Una fina sonrisa se deslizó por sus labios y me hizo un gesto casual y tranquilo. «Ey», a lo que yo respondí con otro igual que decía «Ey». Sin embargo, no tuve que moverme de mi sitio, porque fue el propio lobo el que se levantó del sofá y vino a por mí. Bebí otro buen trago de la botella de alcohol frío, solo para calmarme al volver a ver al enorme lobo pelirrojo; su increíble cuerpo musculoso tras una camiseta negra muy apretada y el nada sutil bulto que le salía de sus pantalones de baloncesto blancos. Ya estaba empalmado, pero caminar con aquella tienda de campaña en la entrepierna no pareciera ser algo que le avergonzara en absoluto.

— ¿Qué tal, Zack? — me preguntó cuando estuvo lo suficiente cerca para hacerse oír por encima de la música alta.

Tim no lo dudó, se pegó a mí y me encerró entre su cuerpo y la columna, como si ya no necesitara ser sutil o tomarse el tiempo de volver a tonterías sin sentido: sabía que yo estaba allí por él y sabía a lo que había venido. Eso, por alguna razón, me gustó bastante.

— Mal — respondí, con la cabeza apoyada en la columna para poder mirar al lobo de uno noventa y muchos a los ojos. Al igual que él había hecho, sin sutilezas, yo ya le estaba acariciando el costado con la mano libre—. «Mi gato está muy enfelmo».

Tim sonrió y su pecho abultado y firme vibró pegado al mío.

— Vaya... — ronroneó un poco, inclinando más el rostro para casi pegarlo al mío —, qué pena...

Sentir de nuevo su peste a sudor y su aliento en los labios fue como caer en un vacío oscuro y terrible. Yo creía que me había pasado la semana cachondo, pero no era nada comparado con lo que sentí al volver a verle y tenerle cerca. La polla

se me puso incluso más dura de lo que ya estaba, apretándome el pantalón de chándal. El corazón se me aceleró como si acabara de correr una jodida maratón, lo que solo hizo que respirara más y más rápido aquella puta peste que me volvía loco. Tim pareció sentirlo, quizá, como el había dicho, fuera capaz de olerlo, porque jadeó un poco y empezó a frotar su enorme polla contra mi abdomen.

— Siendo sinceros, no sabía si ibas a volver — me dijo, rozando un poco sus labios contra los míos, pero sin llegar a besarme.

— Volví porque me debes una camiseta, Tim — respondí, esforzándome con todas mis fuerzas por sonar normal y que ningún gemidito humillante interrumpiera mis palabras —. Tuve que tirar la que me manchaste.

— ¿Sí? Pues yo me quedé con la mía — se encogió de hombros —. La huelo de vez en cuando...

Fruncí el ceño y negué con la cabeza, pero, como Tim parecía conseguir siempre, me arrancó una sonrisa de los labios. El lobo pelirrojo movió entonces sus manos desde la columna donde me mantenía preso hacia mi culo bajo el chándal para apretarme con firmeza las nalgas y manosear todo lo que quisiera mientras me apretaba contra él.

— ¿No has traído vaqueros ni ropa interior solo por mí, Zack? — me preguntó en ese tono íntimo, muy cerca de mis labios, para que cada palabra dejara un rastro de aliento cálido sobre mi rostro.

— Sí — reconocí, añadiendo un nada sutil —: Vengo a que me folles, Tim.

El lobo sonrió un poco más de lo que ya lo hacía, apretándome bien las nalgas antes de deslizar un par de dedos al interior y acariciar mi ano y el pelo que había allí. Gruñó con placer y me dio un beso rápido, casi violento, antes de apartarse, jadear y volver a acercar los labios. El lobo no tenía prisa, como la primera vez, y yo ya estaba preparado para aquel juego de la excitación y los largos preliminares. Le besé con aquella fuerza que rozaba la necesidad, pero no insistí demasiado, girando el rostro para beber un trago del alcohol frío. Tim no dudó en inclinarse sobre mi cuello y hacerme otro de esos chupetones que me habían perlado el cuello durante la semana, provocando algún que otro comentario de la señora Xing. «Decil a novia no hacel eso. Feo. Muy feo». Si ella supiera quién me había hecho aquello en realidad, hubiera huido corriendo.

Tim gruñó un poco más fuerte cuando terminó de chuparme la piel, volviendo hacia mi rostro con la boca empapada de saliva para seguir jadeando mientras me apretaba contra él y frotaba la cadera como un puto perro salido. Yo había cambiado la mano de su costado a su brazo, donde le acariciaba el enorme bíceps, apretándolo de vez en cuando porque era más grande que mi cabeza y eso me ponía bastante. Realmente, que fuera tan jodidamente grande me ponía bastante por alguna razón que no conseguía entender, como eso de jadearme en la cara, pegarme mucho a él hasta casi ahogarme y aquella peste a sudor salado. Todas aquellas cosas que hubiera odiado al instante viniendo de cualquier otro, pero que me atraían tantísimo del lobo pelirrojo.

— Vamos al baño... — me dijo en apenas un jadeo, tirando de mí y sin esperar mi respuesta.

— ¿Tan pronto, Tim? — se me ocurrió preguntar. Estaba demasiado acalorado, empalmado y cachondo para que me importara que me agarrara del cuello con

la enorme mano, como si quisiera ahogarme, y me apretara contra él con firmeza para llevarme hacia el pasillo de los baños.

—No puedo tocarte como quiero en mitad del Club —respondió con la boca pegada en mi oreja mientras yo le daba un último trago a la botella de vodka frío y me inclinaba para dejarla en una mesa. Tim gruñó cuando me separé un poco de él, pero le di un codazo y le dije:

—Solo iba a dejar la puta botella, tranquilo.

—No me jodas, Zack —me advirtió con un tono duro que no me esperaba del lobo pelirrojo. Pero también parecía un poco más loco y cachondo que la semana pasada—. Te he estado esperando y tengo los cojones a punto de reventar...

Me hubiera gustado responder, pero el lobo me apretaba un poco demasiado del cuello y no pude más que seguir sus pasos precipitados por el pasillo hasta la larga cola de personas que esperaban para entrar. Tim los ignoró a todos y separó el brazo con el que me rodeaba el cuerpo para abrir la puerta del servicio de mujeres sin importarle lo más mínimo que hubiera gente allí. El baño no era muy diferente a cualquier otro de un club nocturno, a excepción de la gran cantidad de cubículos que había allí, de los que salían todo tipo de sonidos. Evidentemente, entre las mujeres poco sorprendidas de vernos allí que se retocaban frente al espejo, había otros lobos gruñendo y jadeando tras las puertas junto a gemidos y la misma clase de ruidos que salían del callejón, pero más altos y ruidosos. Tim no se detuvo hasta encontrar uno vacío casi al final de la fila de doce, apartó la puerta de un golpe seco y nos metió dentro. Entonces al fin me soltó, se giró para poner el pestillo y me bajó la cremallera de la cazadora militar. Tiró de ella y la dejó sobre el retrete sin mucho cuidado, continuando con mi camiseta de segunda mano de un concierto y con su propia camiseta negra, descubriendo su increíble cuerpo.

Tim tenía un cuerpo increíble, y, aunque eso no fuera ninguna sorpresa, solté aire por los labios al mirarle. Su piel tensa sobre los marcados músculos era pálida y estaba perlada de pecas y lunares. Su pecho abultado y enorme subía y bajaba con cada respiración acelerada, remarcando los pequeños pezones salidos que tanto me habían llamado la atención. El lobo tenía bastante pelo, pero no era demasiado largo, solo un fino vello anaranjado bajo la cadena de plata que le colgaba del cuello, un pelo rizado que descendía por sus abdominales algo marcados hasta, y aquella sí que fue una sorpresa, una terrible uve que se sumergía bajo la cinta elástica de sus pantalones de baloncesto; al igual que el reguero de pelo pelirrojo.

Yo no era el único que se había detenido a apreciar aquello, sino que Tim también se había detenido, con los puños apretados y sin moverse de la puerta, para recorrerme el cuerpo con detenimiento. Entonces gruñó de forma grave, respirando a través de sus dientes de anchos colmillos. Me clavó una mirada casi por el borde superior de los ojos que, sinceramente, acojonaba un poco. El lobo agradable y simpático se había ido, sustituido por una fiera con un hambre voraz. Creí que saltaría sobre mí al instante, pero me equivoqué. Dio un paso firme, me agarró del pelo con una mano y, con la otra, se bajó los pantalones ya mojados antes de apretarme contra su cuerpo. Noté al instante aquel bulto caliente y carnoso que era su polla empapada contra mi abdomen. El olor, como siempre,

fue abrumador, pero también la sensación cuando empezó a frotarla lentamente contra mi cuerpo; ya sin camisa ni nada que se interpusiera entre nosotros. Tim no dejaba de gruñir y jadear a la altura de mis labios, manchándonos a ambos de abundante líquido preseminal. Yo le rodeé con los brazos, tanto como pude, y también le apreté contra mí, gimiendo de pura excitación.

—Joder, Tim... —gruñía de vez en cuando, apretándome porque nunca parecía suficiente. Incluso levanté una pierna para dejarle alrededor de su cadera y la mano desde su espalda a su tupé pelirrojo para apretarlo con tanta fuerza como él hacía con el mío.

No nos besamos. No hacía falta, porque aquel jadeo de vaho compartido era incluso mejor. Estábamos tan pegados, tan aferrados el uno al otro, que casi podía sentir cada pequeño roce cálido contra su cuerpo musculoso. Era una completa locura, como si Tim hubiera conseguido despertar la conciencia de mi propia piel, que estaba extasiada con aquel contacto tortuoso y prolongado. De pura necesidad, moví una mano para bajarme a tirones el chándal y empecé a mover la cadera, frotándome la polla también húmeda contra el lobo como haría un puto adolescente salido. Tim gruñó un poco más alto, frunció el ceño y se corrió por primera vez, dejando salir aquellos chorros de semen espeso y apestoso que se quedó encerrado entre nuestros cuerpos como la primera vez, pero, en esta ocasión, mucho más sórdido porque la fricción viscosa era directamente sobre la piel.

—No, no, no... —gruñí, evitando que el lobo se apartara en aquel momento en el que yo aceleré el ritmo para terminar corriéndome con un alto gemido de placer. Eso pareció gustar a Tim, que abrió los labios y, sin dejar de fruncir el ceño, disfrutó del nuevo chorro caliente que nos manchaba. No había mentido al decir que tenía los huevos a punto de reventar, porque volvió a correrse una segunda vez justo antes de que yo terminara de hacerlo. Entonces me quedé al borde de la inconsciencia, jadeando como si no consiguiera decidir si me encontraba mal o bien. Demasiado confuso por aquella terrible liberación, el olor apestoso que lo llenaba todo y el lobo que no paraba de apretarme. En aquella nube de confusión, Tim me dio la vuelta, me abrió las piernas, me apretó contra la pared del cubículo y me la metió sin mucho cuidado y un gruñido de necesidad. Grité al sentirla, aunque estuviera húmeda y manchada de semen, seguía siendo una polla bastante grande para meter así sin más. Pero el dolor y la sorpresa me duraron poco cuando empezó a follarme lentamente de espaldas, obligándome a recostarme contra su cuerpo y, lo peor de todo, pasándome la mano por el abdomen lleno de corrida para terminar masturbándome la polla todavía erecta. Solo podía apretar la cabeza contra él, abrir la boca y sucumbir a la sensación. Yo ya me había corrido, así que tenía la polla muy sensible y el lobo no paraba de jugar con ella mientras me mordía, jadeaba y gruñía en mi oreja. Creo que se corrió una tercera vez, pero no estuve seguro. De lo que sí estuve seguro fue de que yo llegué a un segundo orgasmo totalmente inesperado, inmerso en una confusión difícil de describir. No me gustaba lo que estaba pasando, me sentía totalmente indefenso y, tras correrme, el sexo y las caricias se volvieron casi algo incómodo, pero solo por lo despierto que tenía el cuerpo y lo sensible que me había quedado.

—Joder... —gemí, no supe si con desesperación o para rogarle que parara. Era demasiado, esa era la palabra. Simplemente: demasiado.

Pero el lobo no se detuvo. Cuando me corrí yo, él lo hizo una cuarta vez y después siguió, taladrándome con fuerza el culo mientras me mordía para llegar a una quinta. Solo entonces, todo terminó con una inflamación bastante gorda en mi culo hiper sensible. Tim se había quedado casi sin aliento, sudado, manchado y quizá tan inconsciente como yo. Consiguió darse la vuelta y, con unos brazos temblorosos, hacer fuerza contra la pared del cubículo sin soltarme con su otro brazo ni quitar la polla de dentro. Acabó cayendo suavemente sobre el retrete, cogiendo una gran respiración de alivio al poder descansar. Yo ya no sabía ni lo que pasaba. Estaba con los ojos en blanco como si estuviera a punto de sufrir una puta sobredosis, recostado contra el lobo y perdido en algún lugar muy, muy lejano del planeta tierra.

Ninguno de los dos se movió ni dijo nada en, creo, más de diez minutos. Solo cuando conseguí levantar una mano y frotarme el rostro, tomé una buena bocanada de aire y le dije:

—Tim... eres mejor que la puta droga...

Eso hizo gracia al lobo que, aunque a mis espaldas y fuera de mi rango visual, hizo vibrar su enorme torso bajo mi espalda.

—Es la primera vez que me comparan con algo así —murmuró—, pero gracias... Murmure algo sin significado alguno y recosté mejo la cabeza, apoyándola en el hueco entre su cuello y el abultado y musculoso hombro. Miré el falso techo de láminas del techo del baño y no pensé en nada, escuchando los numerosos ruidos a nuestro alrededor: grifos de agua, conversaciones bajas, gruñidos, gemidos, gritos, golpes secos de follar con fuerza y arcadas de quererse una polla demasiado grande en la boca. No era el mejor lugar, tampoco el peor en el que había estado, y, sin embargo, me sentía muy cómodo, relajado y tranquilo. El lobo seguía rodeándome con los brazos, sin importarle mancharse del semen que me empapaba el torso, y no había apresurado el momento de irse, sin hacer intento alguno de quitar su polla ya flácida de dentro de mí.

—¿Has venido en coche? —me susurró al oído, algo demasiado íntimo y cálido en mitad de aquellos baños sórdidos y repletos de gritos.

—No —respondí en el mismo tono bajo, sin apartar la mirada del techo—. No tengo coche. Una zorra que hablaba por el móvil me dio un golpe de lado y jodió el último que tuve. No quiso pagarme y yo no tenía dinero para arreglarlo, así que lo dejé tirado en un descampado.

—Pero, ¿el golpe fue culpa tuya o de ella?

—De ella. Yo nunca tengo la culpa de nada, Tim —le aseguré, lo que volvió a producir una risa corta del lobo.

—¿Y por qué no quiso pagarte?

—Me dijo que «yo lo había causado a propósito» por pasar el semáforo en ámbar. Que yo no era más que un puto drogadicto de mierda y que solo quería estafar a su seguro para meterme crack en una esquina —le conté.

Tim gruñó por lo bajo, de una forma grave y densa, casi como si le enfadara haber oído eso.

—Tranquilo —murmuré, haciendo un leve gesto con los hombros—. La seguí a su trabajo y después le reventé su coche de mierda con una tubería. Salí corriendo antes de que llegara la policía.

—Hiciste bien —me felicitó. No es que yo necesitara su aprobación, pero no me sentó mal escuchar eso y saber que me entendía—. Oye, Zack —me dijo entonces—. ¿Quieres que te acerque a casa y comemos algo por el camino?

Mi primera reacción fue negarme, como siempre hacía a toda propuesta parecida a esa. Sin embargo, parpadeé, cogí aire y respondí:

—Suenan bien...

El lobo asintió, rozándome en la oreja con la barba y, con cuidado, me ayudó a levantarme, sacándome al fin la polla de dentro para subirme el chándal por los tobillos. Tenía las nalgas y los muslos empapados en líquido presminal, pero no me importó, no comparado con el desastre que eran mis abdominales por los que todavía se deslizaban grumos de semen denso y maloliente. Me agaché para recoger mi camiseta del festival y lo limpié, más o menos, como pude antes de ofrecérsela al lobo. Tim arqueó las cejas antes de echar un vistazo a su propio torso manchado y goteante.

—¿No te importa? —me preguntó, alargando la mano para coger la camiseta que el ofrecía.

—Es una mierda de camiseta de dos dólares, Tim —murmuré, quitándole importancia mientras recogía también la cazadora militar—. Soy pobre, pero puedo permitírmelo.

—Gracias —respondió el lobo pelirrojo mientras se limpiaba, quitando las partes más grandes antes de darse un repaso a la polla y subirse los pantalones de baloncesto.

Cuando estuvo listo, yo ya tenía un pitillo en los labios y las manos en los bolsillos, esperándole con la espalda apoyada en la puerta. Me hizo una señal con la cabeza y salimos al exterior, ignorando por completo las miradas de reojo de las mujeres que estaban allí. Tim solo se detuvo para tirar mi camiseta sucia en la papelera y agarrarme de la manga de la cazadora, siguiéndome hacia la salida del callejón. Encendí mi pitillo con el *zip* plateado y le pregunté dónde tenía el *Toyota*. Estaba un poco más lejos que la otra vez, así que tuvimos que apurar un poco el paso bajo la lluvia para no mojarnos demasiado. Una vez en el interior, el lobo puso la calefacción y puso la misma lista de música electrónica que yo había seleccionado la semana pasada.

—¿Te gusta la pizza, Zack?

—Sí.

—Conozco una pizzería bastante buena y que no queda muy lejos del camino a tu casa. Podemos pararnos, pedir un par y comerla. Siempre me entra mucha hambre después de un buen polvo.

—Invito yo —respondí, ya recostado y los brazos cruzados sobre el pecho—. Por el viaje... —añadí.

Tim produjo un gruñidito agudo e interesado y, al contrario de lo que creí que haría, no se negó a la oferta. Por supuesto, yo no sabía que darle de comer a un lobo era una clara muestra de interés en su extraño idioma lobuno. Lo había hecho solo por devolverle el favor, pero Tim había entendido que yo estaba

deseando llamar su atención y que, todas aquellas muestras de interés por su parte, habían tenido una respuesta positiva. Por eso sonrió suavemente mientras conducía en dirección a la pizzería, donde aparcó para decirme:

— Me gusta la de carne y la de barbacoa.

— Ah, que quieres que entre yo solo a pedir las... — dije con una ceja arqueada.

Tim se encogió de hombros.

— Si no te importa, Zack... los humanos se ponen nerviosos si ven a un Macho.

Puse los ojos en blanco y salí del todoterreno, asegurándome de cerrar la puerta con un golpe seco para dejarle claro que aquella gilipollez no se iba a volver a repetir. Entré en la pizzería con mi peste a lobo y, aun peor, a su corrida, pero ignoré las expresiones de incomodidad y asqueadas del dependiente mientras me preguntaba lo que quería. Tim no me había dado mayor información que el tipo de pizza que le gustaba, pero, como era grande, había dicho que estaba hambriento y yo le debía el viaje de aquella semana y la anterior, pedí tres pizzas familiares y una *Coca-Cola* para mí. Si sobraba alguna, siempre podía llevármela a casa para ir comiéndola durante un par de días. Evidentemente, tampoco sabía una mierda sobre lo que comían los lobos. Cuando llegué veinte minutos después con las pizzas entre las manos, Tim gruñó de nuevo con placer y sonrió más. Era bastante, quizá más de lo que se esperaba de mí. Cogió las tres cajas y no dudó en abrir la primera para devorarla en cuestión de minutos mientras yo le observaba con el ceño fruncido. Comía como un puto cerdo, casi sin pararse a respirar y mirándome de vez en cuando. No la compartió conmigo, no hizo nada más que devorarlas como si no hubiera comido en toda la puta semana y dejar las cajas vacías y manchadas de salsa antes de eructar y jadear de placer.

— Joder... — murmuró, pasándose la mano por su boca de barba grasienta—. Buff... Estaban muy buenas, Zack... — me dijo, como si las hubiera hecho yo o algo.

Se limpió las manos directamente en su pantalón de baloncesto y arrancó de nuevo el motor.

— Es bastante temprano aún, ¿me invitas a un café o algo en tu casa? — me preguntó.

Aquello sí que no me hizo ni puta gracia.

— No — me negué—. Ya te acabo de invitar a tres pizzas familiares, Tim — le recordé.

— Lo sé — respondió, dedicándome una breve mirada por el borde de los ojos —, pero si me enseñas tu casa, podré ir a verte de vez en cuando — se encogió de hombros—. El Luna Llena está bien, pero me gusta más follar en una buena cama. Me quedé en silencio, mirando los ojos marrones del atractivo lobo pelirrojo. Aquello estaba tomando un giro que no me hacía ninguna gracia. Una cosa era ir al Club a follar, y otra muy diferente que un lobo se plantara en la puerta de mi casa. La parte racional de mí gritaba que me negara, que no había posibilidad alguna de que eso pasara; sin embargo, una parte más egoísta y retorcida de mí empezó a surgir de las profundidades de la oscuridad de mi mente. Tim era demasiado guapo, tenía un cuerpo demasiado bueno, una polla demasiado perfecta y, además, un olor que me volvía demasiado loco. Acaba de tener el mejor polvo de mi vida en unos baños de mierda, solo gracias a él; y, aunque en

su momento pensé que era «demasiado», algo me decía que iba a terminar volviendo la semana que viene para repetirlo. Yo no era gilipollas y sabía lo que se sentía cuando encontrabas una nueva droga que te hacía volar por las nubes... y Tim podía mandarme de viaje al espacio.

— ¿Me vas a dar problemas, Tim? —le pregunté con voz seria y una mirada fija. El lobo pelirrojo me miró de vuelta.

— No, Zack. Solo quiero ir a verte de vez en cuando y follar —respondió—. Es normal entre los Machos hacer esas cosas.

Y yo le creí, solo porque era él. Así que asentí lentamente, tomando una de esas decisiones que, sin saberlo, te cambian la vida.

— Te llevo a casa, pero ya sabes lo que pasa si me enfadan —le advertí.

— ¿Qué vas a reventar mi Toyota con una tubería? —preguntó.

— Exacto —murmuré, tomando una bocanada de aire de resignación. Seguía dudando, pero Tim me caía bien y me daba cierta confianza, sabía que no me complicaría la vida, o al menos creía que no lo haría—. Es la catorce con Pensilvania.

El lobo frunció su ceño de cejas anaranjadas y no demasiado distinguibles contra su piel pálida.

— Eso está más lejos de lo que te dejé la semana pasada —recordó—. ¿Tanto miedo tenías de que supiera donde vives, Zack?

— Me caes bien, Tim, pero no te conozco. No me hacía gracia que supieras dónde vivo, y tampoco es que me haga mucha gracia ahora, pero confío en que no me jodas y no me obligues a quemarte el Toyota y después quemar el puto Luna Llena.

— Tranquilo, Zack —murmuró con la vista al frente—. No puedo pedirte que confíes en mí y me creas, pero te aseguro que esto es solo algo por placer y diversión. No me entrometeré en tu vida ni voy a molestarte con mi... trabajo.

Asentí de nuevo, porque aquello era justo lo que quería oír: nada de problemas con lobos, solo diversión casual y sexo tan bueno y sucio que te deja completamente apestado y al borde de un ataque. Me saqué un pitillo de la cajetilla, me lo puse en los labios y bajé la ventanilla para echar el humo fuera. Seguía lloviendo un poco, pero Tim no me dijo nada sobre las gotas tontas que se colaban en el interior. Condujo tranquilamente hacia las afueras, esta vez sin ralentizar el paso frente a cada semáforo y sin respetar estrictamente los límites de velocidad. Cuando llegamos a la calle, le señalé el portal y el lobo pudo aparcar justo en frente. Salí al exterior, me pasé una mano por el pelo y me dije que ya no había vuelta atrás, para mal o para bien, Tim ya sabía exactamente dónde vivía. Cerró el todoterreno con un ruido de seguro y un parpadeo y se acercó para colocarse a mis espaldas y agarrarme de la manga de la cazadora.

— Un lugar encantador, Zack —me dijo cerca de la oreja.

— Que te jodan, Tim —respondí de forma airada, pero sin sentirme para nada ofendido.

Subimos las cuatro plantas hasta alcanzar el final del pasillo de moqueta sucia y rota.

—¿A.A.? —me preguntó, al mirar los números caídos de la puerta mientras abría las cerraduras una a una—. ¿Alcohólicos Anónimos? —lo pilló rápido y se rio, llenando el pasillo de una risa grave—. Qué retorcido, Zack...

—Me gusta el humor negro —reconoció, abriendo la puerta antes de cruzar y quedarme a un lado para cerrarla a sus espaldas.

—A mí también me gusta —respondió él, quedándose a un par de pasos y mirando el loft abierto con solo un par de columnas de hierro rojo. Por alguna razón tomó una buena bocanada de aire y la soltó lentamente—. ¿Te importa que dé una vuelta? —me preguntó, girándose hacia mí, pero al ver mi expresión seria, añadió—: Me sentiré mucho más seguro si conozco el terreno. Me pone muy nervioso no saber dónde estoy.

Moví lentamente la mirada a un lado y apreté los labios, llegando a morderlos un poco para contenerme.

—No toques lo que no tengas que tocar —le pedí, dándole permiso de forma indirecta.

Tim sonrió un poco y asintió, empezando lo que, al parecer, sería una exploración bastante rápida. Se metió las manos en los bolsillo de su pantalón de baloncesto y caminó de un lado al otro, comprobando el salón, olfateando un poco el aire y continuando hacia la cocina. Después hacia la puerta de emergencias.

—Sí que te gusta el humor negro —afirmó, refiriéndose a lo que había allí escrito y al vacío que había tras ella.

Asentí, con un cigarro en los labios y mirándole atentamente. Me lo encendí y fui a su lado, donde apoyé la espalda en la pared de ladrillos para ver cómo el lobo caminaba al sofá, volvía a olfatear el aire y después se iba a comprobar lo que se miraba desde las cristaleras grasientas y sucias. A veces se detenía, daba otra vuelta con una inquebrantable sueve sonrisa que solo se incrementaba por momentos. Hasta que se dirigió a la habitación y entonces tiré el cigarro al vacío y le seguí. Tim se quedó de pie frente a la cama, todavía con las manos en los bolsillos, respirando profundamente antes de soltar el aire.

—No tienes pareja, ¿verdad, Zack?

—¿Te preocupas de eso ahora, Tim?

El lobo sonrió más, mostrando sus bonitos dientes perfectos.

—Bueno, ahora quiero venir a tu casa y no me gustaría encontrarme con otro humano sorprendido o que nos interrumpa. No es divertido cuando pasa... —me aseguró—. Además, no me gusta nada cuando uno de mis humanos me dice que no venga y pone excusas de mierda cuando sé perfectamente que tienen pareja.

—Tranquilo, nadie nos va a interrumpir —murmuré—, a no ser que otro de mis vecinos se suicide o monte un fumadero de crack y la policía haga alguna redada. A Tim aquello no le hizo gracia, frunció el ceño y me miró.

—¿La policía viene mucho por aquí?

Su pregunta sí me hizo gracia. Sonreí y me crucé de brazos, apoyando el hombro en la esquina de la pared que marcaba el espacio del dormitorio.

—No, Tim —respondí—. Era broma. Aquí solo vienen antes de las elecciones para detener a un par de traficantes y poder decir que «han limpiado las calles de crimen».

El lobo sí se rio esta vez antes de asentir.

—Esto va a sonar algo raro, pero ¿te importaría que mirara el armario? —me preguntó.

—Todas las armas las llevo encima, si es eso lo que te preocupa.

—No, no es eso. Quiero saber si soy el único Macho con el que te ves.

Fruncí bastante el ceño, pero Tim no se dio por aludido y no añadió nada más a aquello, dando un paso preventivo hacia el armario y, al comprobar que no me negaba de forma directa, terminando por abrir las puertas y echar un vistazo. No tocó nada, solo se inclinó un poco y olfateó como un perro de presa antes de cerrarlo.

—Solo te ves conmigo —concluyó, girándose hacia mí—. No puedo pedirte que siga siendo así, pero creo que eres un humano honesto y directo, Zack. Así que, si cambias de idea, dímelo antes.

—Oh... ¿eres celoso, Tim? —pregunté, creyendo entenderlo.

—Todos los Machos lo somos, Zack —respondió, acercándose a mí con sus manos en los bolsillos de su pantalón de baloncesto—. Siempre le digo esto a los humanos que visito: me gusta pasarlo bien, tomarme mi tiempo y disfrutar; pero odio que me mientan, que me hagan sentir incómodo o que me hagan perder el tiempo.

Estaba claro que Tim no era la primera vez que hacía aquello y que yo no era ningún caso especial. Eso me tranquilizó bastante, sinceramente. Era algo retorcido, pero lo convertía en justo lo que había dicho: «solo algo por placer y diversión». Nada complicado y sin tonterías.

—De acuerdo —asentí—, yo también te diré algo, Tim: me gusta follar, me gusta estar tranquilo y no tardó ni un puto segundo en deshacerme de los problemas que no quiero.

El lobo asintió.

—Genial, Zack. Entonces, ¿qué? ¿Me invitas a ese café y charlamos un poco?

Mantuve su mirada un par de segundos, pero terminé por apartarme de la pared e ir a quitarme la cazadora sin nada debajo para ponerme una de las primeras camisetas que encontré en el armario. Tim y yo parecíamos entendernos y conectar bastante, así que la idea de tenerle por allí de visita ya no me incomodaba tanto como al principio.

—No tengo azúcar —le advertí.

Tim aspiró aire por entre los dientes y puso una mueca como de dolor.

—Me gusta el café dulce... —dijo—, o un capuchino, o tipo vienés...

—¿Te crees que esto es un puto *Starbucks*, Tim? —le pregunté de espaldas, porque, como sabía que iba a hacer, el lobo esperó a que yo fuera por delante para seguirme de cerca hacia la cocina.

—Piénsalo, Zack, si bebo algo dulce, después mis besos serán mejores... —murmuró, provocando una ligera respuesta de mis labios al sonreír.

—Eres gilipollas... —concluí.

Le preparé un café normal, como el mío, y se lo puse en la barra vieja de bar que delimitaba el espacio de la cocina. El lobo lo aceptó y sopló un poco antes de darle un trago.

— ¿Cuándo entras o sales de trabajar, Zack? —preguntó—. Para saber a qué hora sería bueno venir a verte.

— Entro a las once y salgo a las seis.

— Casi como yo, entonces —sonrió—. Y ahora cuéntame de dónde sacaste esa máquina de café a la que tienes que golpear como un maníaco para que funcione...

Tim me caía bastante bien. Ya no era cuestión de intuición, sino un hecho. Charlamos bastante aquella noche, algo que, sinceramente, ni me esperaba. Nos tomamos dos cafés más, fume un pitillo al lado de la puerta y, cuando ya habían pasado tres horas que se habían esfumado como el humo de mi cigarro en el aire de la noche, el lobo se fue acercando más y más a mí para terminar muy pegado y con evidentes ganas de otra ronda de sexo. Por petición suya, fuimos a la cama, donde nos desnudamos por completo y empezamos a rozarnos cuerpo contra cuerpo, una sensación que, prometo, era demasiado buena. El lobo pelirrojo me sorprendió con algunos trucos nuevos, como, por ejemplo, una pedazo de mamada impresionante, una buena lamida de huevos y todo un festival de gruñidos y danza de lengua en mi culo. Creía que follar con él no podía ser mejor, hasta que me demostró que me equivocaba. Mojado como un cabrón y con la barba completamente empapada en saliva, se puso encima de mí, colocando la almohada detrás de mi cabeza para que quedara cómodo mientras me acercaba a la boca esa perfección pelirroja que era su miembro.

Esta es toda una declaración: Tim tenía la mejor polla del mundo entero.

Apestaba muchísimo y sabía el doble de fuerte, pero, joder, sabía usarla muy, muy bien. Me folló la boca de una forma que me volvió com-ple-ta-men-te loco. Y, aunque yo no fuera de los que se lo tragaban como cerdas, no dudé en seguir apretando al lobo mientras se corría en mi boca entre gruñidos y jadeos. Me miraba desde las alturas y me agarraba del pelo, sin parar de mover esa cadera como solo el lo hacía. No rápido y descontrolado como un animal, sino todo lo contrario, poco a poco para que pudieras sentir hasta el último de los diecinueve centímetros bien gordos que le medía al cabrón. Básicamente, aquel polvo en la cama fue un intercambio oral bastante profundo por parte de ambos que terminó tras casi una hora con un tercer orgasmo del lobo en mi culo, de cara, mientras me mordía el cuello y gruñía por lo bajo.

Cuando llegó la inflación, se quedó así, sudado sobre mí, respirando con fuerza y dejando esa peste animal por todos lados. Yo estaba de vuelta en el espacio exterior, pero en una nave diferente a la primera, porque había aprendido a aguantarme un poco antes de precipitarme a correrme tan pronto. Nos quedamos así otros buenos diez minutos, incluso después de la inflamación, cuando el lobo se levantó de encima de mí para llevarme con él a un lado y dejarme a mí sobre él y llevarse las manos detrás de la cabeza; mostrando sus enormes y apestosas axilas de pelo anaranjado junto a sus abultados bíceps.

— Entonces, te gusta el sexo oral tanto como a mí, ¿no? —sonrió.

— Sí, al parecer, sí —respondí, cruzando los brazos sobre su abultado pecho y esos pezones salidos que le había lamido y mordido a placer, provocando una reacción muy positiva de Tim—. Aunque creía que los lobos no lo hacían.

— No en el Luna Llena —afirmó—, pero sí fuera.

—Otra buena razón por la que no arrepentirme de haberte traído a mi casa... — murmuré.

Tim se rio y me hizo vibrar sobre él.

—Entre muchas otras —dijo.

Tras otra pequeña charla tonta de cama acompañada de algún beso y caricia distraída, Tim me dijo que volvía a tener hambre, algo que me sorprendió, pero que, al parecer, era normal en los lobos. Con un suspiro me levanté para ir a prepararle lo único que tenía a mano, sándwiches a la plancha. Cuando llegó desde el baño, todavía desnudo y rascándose el frondoso pubis pelirrojo de la entrepierna sin ningún tipo de pudor, le pregunté:

—¿Cuántos quieres?

—No sé, ¿cuántos puedes hacerme?

Arqueé una ceja y, tras un par de segundos, respondí:

—Unos doce.

—Pues doce, entonces —concluyó, sentándose en el taburete con una sonrisa.

Se los hice y se los fui dejando en el plato de dos en dos mientras los iba devorando con tanta necesidad como había hecho con las pizzas. Terminando con un buen eructo tras beberse la cerveza de medio litro sin pararse a respirar.

—Estaba muy bueno, Zack —me dijo—. Voy a ir a vestirme, es un poco tarde.

Asentí y fui a fumarme otro cigarro a la puerta de emergencias. No la abrí del todo porque yo también seguía desnudo. Le miré vestirse a lo lejos y volver para darme una especie de caricia en el pelo, revolviéndomelo un poco antes de despedirse.

—Te veré pronto —me prometió.

Cuando se fue por la puerta, fumé una buena calada antes de echar el humo y la colilla del pitillo al callejón. Tim había tenido razón: había sido muy divertido y placentero, ahora solo tenía que demostrar que tampoco me iba atraer problemas.

Tim el pelirrojo volvió dos días después, un domingo de mediados de marzo. Me sorprendió esperando aparcado con su Toyota negro metalizado a las puertas del edificio. Nada más verme salió e hizo un ya clásico saludo de «Ey» con la cabeza, al que yo respondí de igual forma.

—¿Solo te pones pantalones de baloncesto, Tim? —le pregunté mientras abría la puerta del portal pintarrajeado y rayado.

—Sí, me gusta estar suelto —respondió, alcanzando la manga de mi cazadora—. ¿Tú solo llevas cazadora militar, Zack?

—Sí, me gusta tener muchos bolsillos donde esconder armas blancas —murmuré, lo que hizo gracia al lobo. Me acompañó muy pegado a la espalda hasta entrar en casa, donde al fin se separó para dejarme quitarme la cazadora y dejar las llaves sobre el taburete verde—. ¿Quieres un café? Creo que encontré un capuchino en polvo al fondo de la alacena —me lo había llevado de la tienda, recordando lo que me había dicho el lobo, pero eso no era algo que Tim tuviera que saber.

— Oh, sería genial — respondió mientras se quitaba la camiseta blanca y la dejaba en el respaldo del sofá. No hacía calor, pero tampoco me iba a oponer a que el lobo pelirrojo enseñara aquel cuerpo musculoso y pecoso.

— Mmh... Joder, Tim — le dije, echándole un rápido vistazo antes de tragar saliva. Como si su olor a sudor no me hubiera puesto ya suficiente cachondo, aquello terminó de apretar más la entrepierna de mis pantalones.

El lobo se lo tomó con bastante tranquilidad, sin embargo, pasando la abertura de la barra de bar para adentrarse conmigo a la cocina y rodearme con sus grandes brazos. Empezó a tacarme y a pegarse, resaltando bien el bulto carnoso contra el pantalón de baloncesto, el cual no hacía nada para contenerlo.

— ¿Y ese capuchino, Zack? — me preguntó al oído mientras deslizaba la mano por debajo de mi pantalón de chándal para alcanzarme la polla.

— No serás tan cabrón... — murmuré.

Pero el lobo pelirrojo solo murmuró algo bajo y se encogió de hombros antes de empezar a hacer uno de sus chupetones en el cuello. Por supuesto, sí era tan cabrón como para andar a tontear y ponerme como un jodida perra mientras le preparaba el capuchino. Yo no sabía si lo odiaba o si estaba enfadado por aquello, pero mi cuerpo no parecía pensar lo mismo, porque reaccionaba a cada roce y jadeo del lobo. Cuando el puto capuchino estuvo listo, Tim ya tenía la polla por fuera del pantalón y me había quitado la camiseta. Sin separarse demasiado de mí, me rodeó con el brazo y continuó haciéndome un dedo mientras se lo bebía y me miraba fijamente como si nada.

Cuando regreso el martes, el miércoles y el sábado de aquella semana, ya empecé a comprender que ese ritual de ponerme a cien y mojarse como un cerdo mientras le preparaba el capuchino, era parte de la forma en la que al lobo le gustaba follar. Siempre esperaba a casi el límite de lo soportable, como cuando me bajó los pantalones aquel miércoles y se puso a hacerme una paja mientras yo apretaba con fuerza la repisa de la cocina y apretaba los dientes.

— Serás hijo de la gran puta...

O el sábado, cuando terminó de rodillas para comerme el culo y yo me agarré tan fuerte de la puerta de la alacena que la rompí. Todavía no la había arreglado cuando volvió el lunes para beber su capuchino mientras frotaba nuestras pollas juntas y empapadas. Tim solía correrse antes de llegar a la cama, pero siempre terminábamos allí y la metía para el último orgasmo antes de la inflamación. Decir que siempre nos manchábamos mucho era decir poco, mi cama ya apestaba a él y a los muchos fluidos que compartíamos, pero cambiar las mantas era estúpido sabiendo que regresaría en dos días y volvería a mancharlas de sudor y líquido preseminal.

— Oye, Zack, la semana que viene será El Celo — me dijo tras terminar de comerse los ocho burritos que le había calentado en el microondas. Eso le dejaba bastante lleno y algo adormilado, así que hablaba más lento y suspiraba mucho.

Darle de comer, como el capuchino, se había convertido también en una especie de costumbre. Siempre decía que le entraba hambre después de follar y yo le creía, porque el cabrón se esforzaba muchísimo en cada polvo. También le daba una o dos cervezas de medio litro, creyendo que no podía perder tanta saliva y salirle tanto líquido por la polla y no terminar deshidratado. Todo eso no era

barato, porque el hijo de puta de Tim comía como un ogro, pero lo hacía porque el lobo pelirrojo me caía de puta madre, me echaba unas folladas increíbles y me alegraba las noches con sus visitas tras un asqueroso día de trabajo. No me sobraba el dinero y al final del mes notarí aquel gasto imprevisto, pero me gustaba portarme bien con las personas que merecían la pena.

— Me gustaría venir a pasarlo contigo — continuó —, ¿qué me dices?

Yo fumaba al lado de la puerta, con un café solo en una mano y el pitillo en la otra. Me quedé unos segundos en silencio y respondí:

— Va a ser un problema conseguir cuatro días libres, Tim, no tengo tantas mascotas.

Tim se rio, pero puso una mueca de incomodidad y se llevó una mano a sus abdominales más abultados de lo normal porque estaban repletos de burritos familiares de carne.

— Joder, Zack, no me hagas esto después de comer — me pidió antes de eructar con fuerza y resoplar. Anduvo pesadamente al sofá y se tumbó como si aquella ya fuera su casa. Colocó las manos tras la cabeza y continuó —: Puedo conseguirte un justificante médico para que se lo des al «lacista hijo de puta de tu jefe». No te preocupes.

— ¿Y el dinero que voy a perder por no trabajar también me lo puedes conseguir, Tim? — pregunté, soltando una última bocanada de uno antes de tirar el pitillo al callejón mojado con la lluvia torrencial que caía y resonaba sobre los cristales.

— No te voy a pagar para que pases El Cielo conmigo como si fueras una puta, Zack — me dijo, mirándome acercarme y levantando las piernas con gran esfuerzo de su parte para dejarme sentarme y volver a apoyarlas en mi regazo.

— Las putas trabajan menos y ganan más que yo — le aseguré.

Tim sonrió, pero apartó una mano de detrás de su cabeza para acercarla a mi rostro y darme una caricia cariñosa. Había empezado a hacerlo de vez en cuando, pero no le daba importancia porque teníamos un tipo de relación bastante física y cercana.

— Escucha, Zack, no quiero ser una carga y sé que el dinero es un problema, pero van a ser tres o cuatro días disfrutando de «la polla perfecta».

— ¡Ogh...! — puse los ojos en blanco y aparté la cara de su mano —. Como me arrepiento de haberte dicho eso...

Tim sonrió mucho, gruñendo como hacía cuando sentía placer. Tiró de mí y me volcó sobre su cuerpo, rodeándome con los brazos y hundiendo su nariz en mi pelo antes de acariciarlo un poco. No volvió a sacar el tema hasta que, justo con el amanecer, llegó la hora de marchar y volvió solo para revolverme el tupé, darme una tonta caricia y decirme con un tono más serio:

— Piénsatelo, Zack. El Celo es un momento importante para los Machos y me gustaría poder pasarlo a tu lado...

Me limité a asentir, sin prometer nada, antes de verle marchar. El Celo no era ninguna tontería, costaría dinero, por lo que tenía que gastarme en provisiones, enemas y bidones de agua; y por los días de trabajo que iba a perder en el proceso. Sin embargo, sí tenía curiosidad por vivir la experiencia. Tim me hacía sentirme muy cómodo y, si iba a elegir a un lobo para hacerlo, iba a ser él sí o sí. Aún así, sentía cierta preocupación que no podía sacarme de la cabeza y busqué en

internet — una gran fuente de información totalmente fiable y siempre verídica — , sobre el tema. Entre páginas y páginas de mierda y subnormalidades, encontré un Foro de Amantes de los Lobos. No creí que fuera ayudarme, como no lo habían hecho todas las páginas anteriores donde siempre daban los mismos consejos que nos había soltado la mujer de la charla de PIHL, pero, para mi sorpresa, tenían bastante información. Fue una de esas noches de investigación y aburrimiento en la tienda cuando descubrí el mundo de la compra-venta de feromonas. Pagaban bastante por unas mantas de después del Celo, más dependiendo del rango del lobo, pero, en general, casi llegando a los ochocientos dólares.

No fue eso lo que me llevó a decirle a Tim que sí, porque ya estaba bastante convencido de que lo haría, solo me ayudó el pensar que, aunque perdiera tiempo y dinero, al menos conseguiría recuperarlo de una forma tan asquerosamente sencilla como venderle a un puto pervertido las sábanas sucias. Tim regresó a mi casa todas las noches de esa última semana, cada vez másapestoso y descontrolado, sin tomarse el tiempo acostumbrado antes de llevarme a la cama y meterla. Me dijo que estaba demasiado cachondo y que era lo normal, pero eso no fue nada comparado a la noche en la que le esperé con todo listo y una expresión de enfado tras pasarme todo el puto día en el baño. Al abrir la puerta, Tim me miraba, sudado y jadeante. Ya estaba tan empalmado y mojado bajo su pantalón de baloncesto que daba miedo. No hubo «Ey» de saludo, ni sonrisa, ni se acercó para gruñir y meterme una juguetona mano bajo la camiseta. Solo despedía un olor muy fuerte y salvaje, me miró por el borde superior de los ojos como si fuera a comerme y dijo casi con un gruñido:

— Zack...

El Celo había comenzado.

MI MEJOR AMIGO PELIRROJO

Decir que El Celo era una aventura, era quedarse corto. Tim estaba como loco, se había vuelto un completo animal y había perdido el raciocinio por completo; solo era capaz de gruñir, mordirme y metérmela sin parar hasta correrse cinco veces o más. Aquella primera noche, perdí la cuenta de las veces que ya me había follado de espaldas, de frente o a cuatro patas. Solo había descanso durante la inflamación y los diez o quince minutos que se pasaba encima de mí, apretándome las muñecas o el cuello para que no me atreviera ni a moverme de su lado. Yo ya estaba totalmente ido y solo era capaz de regresar un poco en mí cuando me veía obligado a ir al baño a descargar los... litros de semen que me había metido dentro. Llegó un momento en el que ya comía las barritas o bebía un poco sentado en el váter, tomándome aquello como un descanso bien merecido y un oasis en mitad de la locura en la que me había metido. Tim nunca me soltaba y el único momento en el que se despegaba de mí era para alcanzar uno de los bidones de agua y beberlo como si acabara de atravesar el desierto. Por supuesto, también disfrutaba mucho, pero más hacia el final, cuando el sexo se fue espaciando más y más y pude recuperarme un poco antes de que le oyera volver a gruñir y buscarme. En ocasiones ni me la sacaba, solo la dejaba allí y aguardaba a que se le volviera a poner dura para mover la cadera como un perro cachondo mientras jadeaba y ponía los ojos en blanco.

El final llegó junto con la lluvia de media tarde. Lo supe porque Tim se desperezó del sueño de dos horas y, cuando creí que solo se movería para volver a metérmela, me acarició el rostro con una barba ya bastante larga y me dijo con voz ronca:

—Ey, Zack.

—Ey, Tim —murmuré, sin abrir los ojos ni moverme de encima de él, donde había quedado después del último polvo.

El lobo me acarició suavemente la espalda y ronroneó por lo bajo.

—Joder, como hueles a mí... —dijo, no sin cierto rastro de placer en la voz.

—Ya, es lo que pasa cuando te pasas día y noche debajo de alguien que no para de sudar como un cerdo y de follarte como un animal.

Tim sonrió, la primera vez en varios días.

—¿Sabes cuánto tiempo ha pasado? —preguntó.

—No sé, ¿años?

Volvió a reírse y me acarició el rostro antes de ronronear y volcarme hacia un lado para mirarme a los ojos. No se despegó demasiado, como si todo aquel tiempo no hubiera sido suficiente.

—¿Te gustó? —me preguntó.

—Meh, estuvo bien a ratos —reconocí—. ¿Y a ti? Parecías totalmente ido.

—No sé, solo sentía que estaba demasiado cachondo y que te necesitaba muy cerca.

—Ahm...

El lobo pelirrojo se acercó un poco para volver a acariciarme la mejilla y, discretamente, volver a olfatearme antes de ronronear como un gatito. Estuvo así

un rato corto hasta que un profundo ruido de tripas hambrientas nos interrumpió.

—Creo que tengo hambre —me dijo.

—¿Estás seguro?

Tim se rio y asintió. A esas alturas ya sabía lo que el lobo podía llegar a comer de diario, así que, con un hambre de días, saqué toda la comida del congelador y la nevera que tenía allí guardada para cuando venía por la noche y me puse a calentarla. Dejándola sobre la mesa de bar frente a un Tim recién duchado, de pelo más largo de lo habitual y barba más espesa. Devoró todo lo que le puse y creí que ni cuatro cajas de burritos dobles, tres lasañas de carne al microondas tamaño familiar y dos pizzas al horno serían suficientes, hasta que, lentamente, empezó a rendirse con la última de las pizzas, llegando a un estado de respiración pesada y mirada algo perdida. Resopló y dejó el pedazo a medio comer antes de inclinarse y rodearse el rostro con las manos grasientas. Se quedó así un minuto entero, entonces se movió con pesados pasos al sofá y se dejó caer, tumbándose para quedarse muy quieto, concentrado tan solo en respirar un aire que parecía dolerle. Me quedé mirándole desde la puerta de emergencias, donde fumaba el primer pitillo en días y me tomaba un merecido café.

Tim se quedó dormido y no despertó hasta tres horas después cuando, un poco aturdido, miró a su alrededor y me encontró dormitando a su lado. «Zack...» dijo, como atontado, antes de tirar de mí y rodearme con los brazos. Cuando nos volvimos a despertar ya estaba atardeciendo sobre un cielo muy nublado y lluvioso. Tim volvió por completo en sí, agitó la cabeza y me hizo una pregunta que me sorprendió.

—Oye, Zack, ¿te gustaría ir a tomar un café o algo?

No lo dudé.

—Sí, necesito airearme un poco. Y una puta ducha —añadí.

El lobo pelirrojo soltó una especie de gruñido, uno denso, pero no de enfado, sino más bien como una queja ahogada.

—Hueles bastante bien... —murmuró, lo que creí que era una broma y por eso me reí.

Cuando estuve más o menos limpio, porque aquella no era una peste que se pudiera sacar de un solo lavado, me reuní con el lobo y salimos juntos de casa.

—¿Quieres pasar por un auto-car del *Starbucks* o conoces otro sitio que te guste más?

Me encogí de hombros.

—Cualquiera que tenga café y sándwiches me vale —murmuré.

Tim se sorprendió un poco cuando le indiqué una cafetería de un Boulevard de la zona, lo suficiente lejos para que la decadencia de los bajos fondos no llegara hasta allí.

—¿Quieres que entremos? ¿Los dos? —me preguntó, lo que produjo una reacción de ceño fruncido y una expresión seria de mi parte—. No, por mí genial. Lo digo por si... te daba vergüenza.

—No me toques los cojones, Tim. Acabo de salir del Celo y no estoy de humor.

El lobo me miró fijamente con sus ojos marrones y asintió. No dijo nada cuando entramos y casi tardó un par de segundos en responder cuando le pregunté qué quería tomar.

— Me gusta tomar algo dulce con el café, quizá un cruasán o un bizcocho.

— ¿Café dulce con un dulce? ¿En serio? —resoplé, pero le pedí a una camarera un poco acojonada y nerviosa cinco cruasanes, un café bombón, un café solo y un sándwich vegetal. No tardó demasiado en traérnoslo todo y en desaparecer de nuestra vista mientras farfullaba un leve y tartamudeante «qué aproveche»—. Oye, Tim —le dije al lobo antes de que empezara a meterse cruasán tras cruasán en la boca sin apenas respirar—. ¿Qué rango tienes en la Manada?

— ¿Ahora te preocupa eso, Zack?

— Es solo curiosidad —murmuré, respondiendo a su mirada por el borde superior de los ojos.

— Pues soy Primer Beta de la Manada —me dijo, hinchando su pecho abultado con orgullo y levantando la cabeza—. Es un rango importante...

— Amh... —asentí, sacando distraídamente el móvil para buscar en el Foto cuánto daban por las feromonas de un Primer Beta. La media estaba entre unos trescientos cincuenta y cuatrocientos cincuenta. Arqueeé las cejas y seguí desayunando.

Conseguir que Tim manchara una prenda de ropa era tan sencillo como acercarme a él, gemir un poco y besarle en los labios, entonces entraría en un estado en el que mojaría todo a su alcance y lo dejaría apestando a polla de lobo que tiraba para atrás. Sin embargo, aunque fuera un negocio demasiado rentable y con el que podía conseguir bastante dinero, me preocupó usar de esa forma a Tim. Aunque hubiera pasado apenas un mes, nuestra relación había evolucionado muy rápido hacia algo más que un intercambio esporádico y sexual. Siempre aparecía con una suave sonrisa, me dedicaba un saludo corto y familiar y se quitaba la camiseta antes de acercarse a abrazarme. Había muchísimo sexo, por supuesto, pero también hablábamos bastante, un poco de todo, sin importar el tema. Y, cada día que pasaba, le tomaba un poco más de cariño al lobo pelirrojo.

El lobo no dejó de venir a mi casa tras el Celo, aunque, sinceramente, no temí que lo hiciera. No discutíamos nunca, o al menos, no de la forma que yo solía discutir. Teníamos nuestros desacuerdos, por supuesto, pero nunca llegábamos a levantar la voz ni a enfadarnos como energúmenos. Tim conservaba siempre la calma y lo máximo a lo que llegaba era a arquear una ceja, cruzarse de brazos y dedicarme una mirada seria; como la noche de esa semana que llegó a casa y, nada más llegar a la habitación, preguntó:

— ¿Por qué has cambiado las mantas?

— Joder, Tim, ayer te pasaste con un trozo de carne en la barba durante toda una hora, ¿pero te has dado cuenta al momento de que he cambiado las mantas?

Pero mi comentario no le hizo gracia, como solía suceder, así que el tema era más serio de lo que me había imaginado.

— Zack, no estoy bromeando.

— He cambiado las mantas porque estaban hechas un puto asco, Tim —respondí, igualando su tono serio.

El lobo pelirrojo tardó un momento en decidirse entre ceder o insistir en el tema. —La cama tiene que oler a mí —declaró, decidiendo insistir—. Mucho —añadió—. No se trata de una de mis tonterías, sino algo que te estoy pidiendo muy en serio, Zack.

—¿Y qué quieres, Tim? ¿Qué deje las mantas sucias hasta que estén llenas de moho y acartonadas por la cantidad de corrida y sudor que les echas cada noche? El lobo gruñó un poco por lo bajo.

—Si las vas a cambiar, dímelo, por favor. Usaremos las nuevas durante un par de polvos y después podrás cambiarlas cuando ya tengan buen olor.

Fruncí el ceño, pero no fui capaz de decir nada, así de impactado me sentía. Tim, por su lado, quiso follar entre las sábanas y, juraría, se esforzó más en sudar para después rebozarse entre ellas hasta que apestaran a sudor fuerte y salado. Como si mi casa ya no oliera lo suficiente al puto Beta pelirrojo. Venía, como mínimo, cinco noches a la semana, se pasaba allí hasta el amanecer e incluso había empezado a quedarse a dormir. La primera noche creí que solo había sido un descuido de su parte, cuando me acompañó a la cama para seguir charlando sobre la película que acabábamos de ver. Se tumbó a mi lado bajo las mantas, me abrazó y se dejó llevar por las caricias y los ronroneos hasta empezar a roncar suavemente y a sufrir las contracciones musculares del sueño. Era tarde y no quise despertarle, así que apoyé la cabeza en su hombro y no desperté hasta la tarde siguiente, cuando una necesidad más grande que la sed o el hambre me atenazó las entrañas. Apestaba a Tim, sudor condensado, salado, cálido y sumamente excitante. Le desperté a base de besos y lamidas mientras descendía en dirección a aquella perfección de glánde gordo y cuerpo venoso que era su polla pelirroja. Para mi sorpresa, al contrario que durante la noche, el lobo se quedó con las manos tras la cabeza, disfrutando de como me volvía loco, le olía el cuerpo y le montaba hasta que terminara de correrse: mínimo tres, algunos días cuatro.

Dormir conmigo se convirtió desde entonces en algo normal, más si cenaba demasiado; lo que, desde que había vendido las mantas del Celo y un par de mis camisetas sucias de corrida, se convirtió en lo normal. Con el dinero que había conseguido, como si se tratara de algún tipo de compensación silenciosa, había ido a comprar su comida a una tienda de preparados, trayéndole enormes *tuppers* que le dejaban literalmente K.O.

—Si es demasiado, Tim, traeré menos —le había dicho la primera vez que el lobo se había quedado respirando profundamente, con un pedazo de cerdo entre los labios, sudando y con pinta de estar a punto de vomitar.

—No... —jadeó—. No... —Esa noche tuve que ayudarlo incluso a llegar a la cama, pero al día siguiente se enfrentó de nuevo al plato y dijo—: Hoy podré, no he comido mucho...

No pudo. Dejó casi tres dedos del arroz con carne al fondo del enorme bol y la cuchara se le escapó de una mano temblorosa. Me gustaba que comiera, pero me preocupaba un poco que se quedara en aquel estado en el que parecía sufrir más de lo que disfrutaba. El tercer día, le compré menor cantidad, el lobo pelirrojo lo miró con disgusto y gruñó, como si le molestara que le diera menos comida.

—No me jodas, Tim —le dije, con un pitillo en los labios mientras terminaba de preparar mi café—. Esa mierda es cara de cojones y no voy a seguir tirando comida solo porque te joda en el orgullo no poder con toda.

—Es muchísima comida, Zack —se defendió, levantando la cabeza y abultando su pecho de cadena plateada, piel cremosa y pecosa y fino vello pelirrojo—. Incluso para un Macho. Solo un puto animal podría con tanto —me aseguró.

De todas formas y por mucho que le doliera en su orgullo de lobo, solo con la reducción del, más o menos, treinta por ciento de lo que antes le daba, consiguió terminarlo todo. Todavía se quedaba muy lleno, pero solo parecía complacido e hinchado de comida y no a punto de vomitar mientras gemía porque le costaba hasta respirar. Así que, a finales de mayo, casi dos meses tras El Celo, Tim seguía regresando regularmente a casa para follar, charlar y dormir. Tras el sexo de primera hora, nos íbamos a desayunar y, si tenía tiempo, nos pasábamos por algunas tiendas que le gustaban: algunas de tecnología, cine o incluso de mierdas frikis.

—No... no vas a comprar un puto Funko de Harry Potter... —le dije, apartando esa cosa de su mano.

—¿Por qué no? —me preguntó—. Tengo una colección.

—Joder... te estoy perdiendo todo el respeto ahora mismo, Tim.

—Tranquilo, Zack, esta noche te follo y volverás a adorarme como antes.

Puse los ojos en blanco, pero al final compró esa puta mierda ridícula para su colección de *nerd*.

—Normalmente compro todo online, pero me gusta mucho ir contigo a la tienda

—me dijo de vuelta en el coche—. Aunque deberías dejar de encararte así con todo el mundo, Zack...

—No soy yo quien les mira mal y susurra —respondí, fumando por la ventanilla—. Si no quieren que pregunté qué coño les pasa, que no hagan el gilipollas.

—Si pasara algo, no podría defenderte. Al Alfa no le gusta que llamemos la atención de día, así que no lo hagas, por favor.

La conversación terminó ahí, pero yo seguí enfrentándome a la gente de todas formas: en la cafetería, en el supermercado, en el centro comercial, en el cine... allí a donde fuéramos. Tim decía que no le gustaba, pero siempre se quedaba muy cerca de mí, cruzado de brazos y con su cara de lobo muy malo y peligroso que gruñía por lo bajo. Pasábamos mucho tiempo juntos, y el que no, charlábamos por el móvil. El lobo pelirrojo me amenizaba bastante las largas noches de trabajo con sus estúpidos mensajes, sus vídeos tontos y sus enlaces a noticias de, como no, las frikadas que le gustaban. Me había pedido el número poco después del Celo y no había dudado en dárselo, porque a esas alturas ya confiaba en él más de lo que me hubiera gustado reconocer. Porque Tim no solo era diversión y sonrisas, sino que, cuando había un problema, también era el primero en preocuparse y preguntarme en qué podía ayudar. Como cuando el señor Xing se cansó de mi fuerte peste a lobo y los numerosos mordiscos y chupetones con los que siempre llegaba al trabajo.

—El hijo de puta de mi jefe me ha echado porque apesto —le había llamado de camino a casa.

—Hueles muy bien —me dijo tras un gruñido de enfado—. Es el olor de un Primer Beta...

—Unapestoso Primer Beta —le corregí.

—Sí, elapestoso Primer Beta que le va a quemar la tienda esta noche a esos «lacistas de mierda».

—Aunque sabes que eso me encantaría, Tim, sería demasiado obvio y ninguno de los dos quiere a la policía husmeando por ahí, ¿verdad?

—Verdad... —reconoció antes de suspirar—. Joder... qué putada. ¿Quieres que pregunte al Alfa si hay algún trabajo para ti en algún lugar? Nada problemático

—se apresuró a añadir—. Solo alguna tontería para mantener el alquiler y... las otras cosas.

—¿Te preocupa más que me puedan desahuciar o te preocupa que deje de darte de comer, Tim?

Oí un bufido tras la línea del móvil y el lobo respondió:

—Un poco de ambas.

—Ya... No te preocupes, tengo algo ahorrado y junio es un buen mes para conseguir un trabajo. La gente se va de vacaciones y esas mierdas, así que no creo que tarde demasiado.

—Como quieras, Zack, pero ya sabes que si necesitas ayuda, siempre puedo preguntar a la Manada.

—Lo sé —respondí, porque estaba seguro de que Tim me ayudaría, solo que yo no necesitaba esa ayuda.

Seguía vendiendo alguna camiseta o pantalón, nada serio y solo lo justo para sacarme un poco de dinero y mantener el ritmo de comidas que le daba al Beta pelirrojo. Con lo mucho que se mojaba siempre, los compradores estaban como locos por conseguir una camiseta bien manchada y llegaban a darme unos increíbles quinientos dólares por ellas si, además, estaban corridas. Lo mejor de todo era que se trataba de mi ropa y no de una que tuviera que ponerle a Tim, porque el lobo se pegaba tanto a mí que laapestaba igualmente. Solo se quejaba a veces, cuando tiraba de la ropa para quitármela con un leve gruñido.

—Joder, Zack, sabes que me gusta piel contra piel...

Sinceramente, tenía suerte de caerme tan bien, porque a cualquier otro no le hubiera pasado ni la mitad de sus mierdas, y mucho menos le hubiera permitido orbitar tanto a mi alrededor y consumir tanto de mi tiempo. No es que Tim fuera un lobo dependiente, solo que no parecía gustarle estar solo y siempre aprovechaba la menor ocasión para venir a verme o charlar conmigo. Todavía más aquella semana que me pasé sin trabajar, cuando aparecía de vez en cuando incluso antes de la hora de la cena, picaba algo, follábamos un poco y, si tenía tiempo, mirábamos alguna de sus series de mierda en un portátil de última generación que había traído. Hasta que la primera semana de julio conseguí un puesto en una gasolinera de las afueras. Hacía un calor de cojones y era tan aburrido como la tienda, pero no había pasado ni un día cuando el lobo apareció en su precioso *Toyota* negro metalizado. Me acerqué con mi camiseta de asas bajo el chaleco con un nombre equivocado, miré al Beta pelirrojo de camisa abierta y torso al aire que bajó del todoterreno para quedarse con la espalda apoyada en la

puerta. Con aquel calor, sudaba más, lo que le volvía tan apestoso que prácticamente solo tenía que acercarme a dos metros para ponerme cachondo.

—Ey... —le saludé.

—Ey... —sonrió él junto con un cabeceo.

Me pegué a su cuerpo sudoroso y le di un buen beso, tocando su enorme bíceps y su pelo revuelto. Ya hacía tiempo que Tim me dejaba tocarle todo lo que quisiera sin que eso le «pusiera nervioso». Se me escapó un gruñido cuando noté su polla dura contra el abdomen y le apreté más fuerte contra mí, jugueteando discretamente con uno de sus pezones salidos. Eso siempre le arrancaba un jadeo de los labios, pero no tanto como cuando se los lamía o se los mordía.

—¿Te molesta que haya venido? —me preguntó cerca de los labios—. Sé que no te gusta que me acercara a la tienda, pero esta gasolinera queda en una ruta de la Manada.

—Y te apeteció un poco de sexo en mitad de la noche —entendí.

Tim sonrió y empezó a frotar suavemente la cadera.

—Siempre me apetece hacer muchas cosas contigo, Zack...

Resoplé y puse los ojos en blanco.

—Eso se lo dices a todos tus humanos... —murmuré.

Tim sonrió más. Ya habíamos tenido una conversación sobre el tema, porque yo quería saber si el lobo pelirrojo me mentiría o no, pero lo que me había dicho fue: «Hay otros, Zack, pero eres un hombre muy inteligente, creo que sabrás que te presto mucha atención...» Así que yo era su favorito o alguna mierda así; no es que me importara que fuera a ver a más humanos, sinceramente, porque para mí nosotros éramos algo así como unos follamigos a los que les gustaba pasar tiempo juntos. Como aquella noche en la que nos pasamos casi una hora montados en la parte atrás de su coche manoseándonos y haciéndonos un poco de todo el uno al otro, solo interrumpidos por dos clientes a los que despaché tan rápido como pude antes de volver con el lobo.

—Como llegue alguien ahora, sí que va a ser gracioso —murmuré, con la cara pegada al asiento trasero y Tim sobre mí con su polla inflamada bien dentro.

Dejó por un momento de limpiarse el sudor en mi pelo y se rio.

—Vas a conseguir que me echen de otro trabajo por apestar a lobo, Tim.

—Ya apestaras mucho a mí, Zack —susurró en mi oreja—. Me he asegurado bien de ello... y lo siento, pero no vas a conseguir que me sienta mal por algo que me encanta hacer y me encanta oler... —añadió, cogiendo una buena respiración antes de ronronear como un gatito.

Todavía algo manchados y acalorados, fuimos a darnos un agua fresca con la manguera y Tim suspiró, dándome un beso en los labios antes de morderme la mejilla. Fue un poco raro, pero lo dejé pasar y le invité a una cerveza fría y a un helado de la tienda. Aquella escena del Beta pelirrojo volviendo a mi nuevo trabajo para perder el tiempo y sentarse en una silla plegable a mi lado, se repitió durante todo julio. A veces aparecían por allí otros lobos, a los que ambos nos acercábamos; Tim para charlar y yo para llenarles el depósito.

—Ey, Zack, ¿te importaría no cobrarle a la Manada? —me había pedido la primera vez, llevándome un poco a un lado para que los demás no pudieran escucharnos.

Me limité a encogerme de hombros, totalmente indiferente ya que aquel era solo un trabajo temporal y acabarían despidiéndome de todas formas. A veces me pedía un momento para «charlar en privado», pero otras me abrazaba delante de ellos o me daba algún beso de esos casuales y sin importancia. Quizá fuera alguna mierda de lobos para enseñarles al resto que estábamos «juntos», como si los numerosos moratones y mordiscos por todo mi cuello y mis hombros no fuera ya suficiente obvio. Algunos de aquellos lobos me dedicaban una mirada y un cabeceo rápido, dándome a entender que reconocían mi presencia allí y agradeciéndome la gasolina gratis.

Todo fue bien hasta que una noche de finales de mes apareció el Beta Pelirrojo en su Toyota negro y me miró con expresión seria desde la distancia. Fruncí el ceño y aceleré el paso para reunirme con él en la ventanilla.

— Zack, necesito tu ayuda — fue lo que dijo. No iba solo y todos los lobos que le acompañaban parecían algo nerviosos —. La policía ha acordonado la autopista y llevamos encima... caramelos — señaló con la cabeza hacia la parte de atrás —. Escucha, sé que no quieres problemas y sabes que no te los daría si pudiera evitarlo, pero... necesitamos que nos cubras.

— Joder, Tim... — murmuré, negando con la cabeza. Miré a la carretera oscura y señalé hacia la parte de atrás de la tienda —. Ya sabes donde — le recordé.

El lobo asintió al momento, dio marcha atrás y se fue a prisa hacia allí. La policía llegó en menos de cinco minutos, haciendo preguntas, mirándome de arriba abajo y asumiendo que yo era un muerto de hambre que solo estaba trabajando en la gasolinera por desesperación. Cuando se fueron, fui a la parte de atrás oscura y apoyé ambos brazos en la ventanilla.

— Muchas gracias, Zack — Tim ronroneó un poco y quiso acercar el rostro al mío, pero le detuve.

— Tú y yo vamos a hablar seriamente — le advertí.

El Beta pelirrojo me miró un par de segundos en silencio e hizo un gesto para indicarme que iba a bajar del coche, me aparté lo suficiente y me llevó con él, agarrándome suavemente de la muñeca, hacia un lugar más discreto. Llegamos hasta el borde del bosque, donde Tim se sentó en la elevación que había entre el cemento y la tierra seca, al amparo de la leve oscuridad. Me senté a su lado y esperé a que dejara de mirarse las manos y frotarlas distraídamente.

— Zack, sabes a lo que me dedico — murmuró, mirándome al fin por el borde de sus ojos de chocolate —. Lo que hace la Manada... — esperó a que asintiera y continuó —: Si continuamos viéndonos, es muy probable que acabes inmerso en alguna de nuestras «cosas». Ya sea de forma directa como esta noche o indirecta, escuchando información o con algo que te cuente. He tratado de evitarlo por ahora, pero sé que no te gustan los problemas y por eso te diré algo: si prefieres que te mantenga al margen de la Manada, lo haré, pero a mí me gustaría poder incluirte en mi vida en muchos más sentidos que solo como a uno de mis humanos que voy a visitar y que me follo. ¿Lo entiendes?

Me quedé unos segundos en silencio, todavía con expresión seria. Chasqueé la lengua y fui a por un cigarro que no tuve problemas en encenderme lentamente antes de volver a mirar al lobo pelirrojo.

— Entonces me mentiste y no era solo por diversión... — murmuré.

—No, al principio lo era —respondió tan seguro y firme que le creí—, pero me gustas mucho y lo paso muy bien contigo. Quiero más y, para eso, necesito saber que puedo confiar en ti y que puedo pedirte ayuda cuando la necesite.

—¿Más? —pregunté—. ¿No es suficiente con que te dé de comer, apestes mi puta casa y te pasees desnudo de un lado para otro mientras te rascas los cojones?

Tim asintió un par de veces, como si lo entendiera. Bajó de nuevo la mirada con una expresión seria y dijo:

—Escucha, no podemos pasar por el control policial con los caramelos. Si nos dejás esconderlos por algún lugar cercano, vendremos a recogerlos otra noche y no te molestaremos más.

Fumé una calada con la vista al frente, a la espesura del bosque y la oscuridad que lo bañaba.

—Hay un contenedor de basura al final de la gasolinera. No vienen a limpiarlo hasta el lunes y nadie se acerca demasiado allí.

El lobo pelirrojo volvió a asentir y se levantó, dejándome tranquilo y sumergido en mis propios pensamientos. No sabía lo que significaba del todo «querer más», pero sonaba a problemas. Tardé poco en descubrir que «problemas» y «Tim» eran dos palabras que tendrían que ir juntas o desaparecer de mi vida, porque el lobo pelirrojo no volvió a casa esa noche, ni la siguiente. Yo miraba el móvil como un gilipollas, con la esperanza de que, en algún momento, recibiría un mensaje de esos que tanto aborrecía antes. Sin embargo, lo único que recibí fue una nota de voz de apenas diez segundos donde un Tim bastante serio me decía:

—Lo siento, Zack, pero la policía todavía anda vigilando la zona y no podremos pasarnos a por los caramelos. ¿Te importaría asegurarte de que no se los lleve el basurero? Te pagaremos bien por las molestias.

Me enfadé bastante, no voy a mentir. Me tocaba mucho los cojones que el Beta pelirrojo hubiera decidido «terminar» de esa forma lo que, en teoría, era una amistad y no nada serio. Sin embargo, yo sabía que Tim no había dudado en ofrecerme su ayuda, o la de la Manada, cuando tuve problemas. Así que tomé la decisión de devolverle el favor y llevarme los «caramelos», que no eran más que droga, conmigo en autobús hasta la ciudad, donde los guardé en una taquilla de una lavandería autoservicio veinticuatro horas. Después le mandé un mensaje de voz a Tim.

—Hola, Tim. Los caramelos están en *Wash&Clean*, en la 25th Avenue. Los he puesto dentro de una taquilla, así que dime un lugar para dejarte las llaves. O ven a buscarlas, así quizá podamos hablar y, si es lo que quieres, despedirnos como un par de buenos amigos y no como un puto crío enfadado que me ha empezado a ignorar por completo. ¿Qué te parece?

Tim vino esa misma noche. Se quedó con las manos en los bolsillos de su pantalón de baloncesto y la camisa de verano sudada y entreabierta, mostrando su pectoral de acero y la cadena de plata que colgaba de su cuello grueso y pálido. Nada más volver a verle y olerle, me puse cachondo como un fiero, pero era una sensación de fondo, sumergida bajo la tensión del momento. El Beta me saludó con un movimiento de cabeza. «Ey», a lo que yo respondí igualmente antes de dejarle entrar. El lobo pelirrojo dio un par de pasos y olió el aire, descubriendo que mi casa todavía olía a él. Entonces se volvió y me dedicó una de sus miradas serias

de ceño levemente fruncido, más intimidantes viniendo de alguien que solía sonreír tanto. Le entregué las pequeñas llaves de la taquilla y él las miró un momento.

— Muchas gracias, Zack. Nos has... ayudado mucho con esto —y me enseñó las llaves en su mano para remarcar el hecho de que me la hubiera jugado por él.

— Lo sé —respondí. Entonces nos quedamos en silencio, mirándonos fijamente a los ojos hasta que cogí una bocanada de aire y, con la mirada a un lado, pregunté —: ¿Quieres un capuchino?

— Sí... supongo que me puedo tomar un capuchino —murmuró.

Asentí y fui hacia la cocina, preparándolo todo mientras me sacaba un pitillo de la cajetilla sobre la barra de bar. Ninguno de los dos dijo nada. Yo fingía poner toda mi atención en lo que hacía y él me miraba por el borde superior de los ojos, dando vueltas a las llaves entre sus grandes manos.

— Me caes muy bien, Tim —le dije al fin, dejando el capuchino frío frente a él antes de llevarme mi café solo frío hacia la puerta de emergencias. Apoyé la espalda en la vieja pared de ladrillos y fumé otra calada —. Nos conocemos solo desde hace unos meses, pero te considero un buen amigo, además del enorme lobo que me follo. — Tim se limitó a asentir en el breve silencio que dejé antes de continuar —: Si me pides un favor, te lo haré, porque sé que tú harías lo mismo por mí y porque me gusta tratar bien a los que son buenos conmigo. Pero te lo advierto: no me van esas mierdas de las amenazas ni ese juego de «hazlo o me voy». Porque entonces puedes irte por la puta puerta y no volver jamás.

El Beta pelirrojo se giró entonces en el taburete para ponerse cara a mí, levantando la cabeza con atención como si aquello no fuera lo que se esperaba que iba a oír de mí.

— No era una amenaza, Zack. Solo quería decirte que me gustaría poder contar contigo para algo más que para follar y pasar el rato.

— Me gusta follar y pasar el rato, Tim —le dije.

El lobo pelirrojo esperó unos segundos y entonces sonrió un poco, tan solo elevando una de las comisuras de sus labios.

— A mí también, Zack —respondió, levantándose del taburete para acercarse a mí y pegarse un poco, pero no demasiado, mientras bajaba el rostro hacia el mío —, pero también me gustaría que tú y yo empezáramos a ver esto como algo más...

— Ah... —dije antes de fumar otra calada, soltarla tranquilamente y beber un trago del café. Todo con el lobo mirándome fijamente y pegado a mí. Podía sentir el calor de su cuerpo y ese fuerte olor a sudor salado que tanto me gustaba, sin embargo, necesitaba un momento para pensar, y aquella despreocupación solo trataba de ocultar el torbellino de emoción y pensamientos que era mi mente —. Al final sí me ibas a dar problemas... —murmuré, volviendo a mirar a los ojos.

— Puedes verlo así —sonrió un poco más, se acercó otro poco hasta pegarse a mí y colocó sus manos en mis costados, acariciando suavemente su nariz contra la mía —. Pero piensa que a cambio quizá estás ganando a un buen Macho con la polla perfecta...

— No sé si eso lo compensa —respondí.

Pero el lobo pelirrojo se inclinó con una sonrisa para hacerme otro de esos lentos y profundos chupetones en el cuello que causaban una reacción instantánea en mi cuerpo. Y Tim no se detuvo ahí, sino que hizo toda su magia y se esforzó mucho en demostrarme una vez más lo bueno que era con los preliminares. Follar con el Beta pelirrojo era todo un viaje que, sinceramente, no podría describir con exactitud. Digamos que el lobo aprendía rápido, ya conocía todas mis debilidades y dónde tocar, cuándo darme de mamar o chuparla él y cómo tenía que meterme el dedo en el culo para que gimiera y jadeara de la forma en la que a él más le gustaba. Era metódico y calmado, pero a la vez muy sucio por la cantidad de fluidos que se mezclaban y lo apestaban todo. No se detenía hasta llevarte al extremo, hasta arrancar de tus labios el último gemido de placer, ahí cuando el orgasmo se convertía en algo más que una liberación. Te corrías como nunca y soltabas todo lo que había dentro de ti, como si una catarata de agua te limpiara por dentro y solo dejara relajación y tranquilidad a su paso.

Solo cuando llegó por cuarta vez, sudado y jadeando en la cama, se detuvo. Cayó suavemente sobre mí y me rodeó con los brazos, como si deseara crear una burbuja en la que solo estábamos él, yo y nuestro aliento compartido. Aquello podía alargarse mucho más allá de la inflamación, todo el tiempo que fuera necesario para volver a ser personas.

—Voy a necesitar una copia de las llaves, Zack. Quiero traer un par de cosas — me dijo tras la ducha.

—Nada de putos Funkos —respondí, colocando la fuente de carne con verduras y patatas frente a él en la barra de la cocina.

—Te van a encantar... —sonrió.

Ya había leído sobre eso de La Guarida de un Lobo, y por eso no me sorprendió cuando a la noche siguiente apareció por mi trabajo en la gasolinera para recogerme con la parte trasera del Toyota llena de cajas y mierda. Arqueé una caja, pero Tim solo sonrió más. Le ayudé a cargarlo todo en varios viajes: su puñetera colección de Funkos con la que casi llenó una pared, apilándolos unos sobre otros; su colección de series y películas, para las que tuve que comprar un puto mueble especial y no dejarlas tiradas en otro lado de la casa; sus muchos aparatos electrónicos y digitales, para los que tuve que comprarle un escritorio amplio a un lado del salón, junto con la pantalla plana, el reproductor de DVD, el equipo de sonido y la cadena de música; además de dos maletas de ropa. El cabrón no había traído «un par de cosas», sino que se había mudado a mi puta casa.

No supe cómo eso me hizo sentir hasta un tiempo después, cuando vendí un poco de mi ropa manchada para organizar mejor el espacio con muebles y hacerlo más... cómodo. Tim vino a dormir siempre después de aquello, llevándose un *tupper* de comida al trabajo si necesitaba pasarse por el puerto o estaba demasiado ocupado para poder comer en casa. Creí que tener a alguien siempre cerca sería algo que odiaría y me agobiaría, pero lo cierto era que Tim era una presencia silenciosa y calmada que no causaba ningún tipo de problema en mi vida. Estar juntos era algo que simplemente fluía, nunca era incómodo, ni siquiera cuando compartíamos largos silencios y cada uno se dedicaba a una actividad diferente. A finales de septiembre, ya estaba tan acostumbrado que me costaba recordar

cómo era vivir sin aquella presencia pelirroja, sin sus estúpidas llamadas o sus tontos mensajes.

— La semana que viene es el Celo — me recordó, como si no lo supiera ya.

— Le diré a mi nuevo jefe que el gato se me ha muerto y que necesito unos días

— respondí antes de llevarme el último trozo de sándwich a la boca.

— Tu nuevo jefe también va a estar bastante ocupado por esas fechas, no creo que le importe — sonrió Tim.

Después de que me hubieran despedido de la gasolinera por «apestar a lobo», Tim me había ofrecido un trabajo en una Tienda de Caramelos del centro. Evidentemente no era más que una tapadera para uno de los negocios turbios de la Manada, sin embargo, allí no había nada incriminatorio y me pagaban dos mil al mes por, prácticamente, responder un par de llamadas y pasarme la noche con Tim; quien no se cortaba ya nada en venir a visitarme tanto como podía, solo o acompañado por alguno de los demás lobos que ya empezaba a conocer.

— Le estás metiendo caña al bueno de Tim, ¿eh? — me dijo uno de ellos, Sam. Al que el lobo pelirrojo me había pedido seriamente que tratara de «ayudar», porque su compañera no le estaba dando de comer ni cuidándole como se merecía —. Siempre se notaba cuando iba a ver a sus humanos, pero desde que te conoce solo huele a... a Macho muy feliz — terminó diciendo de la forma más elegante que pudo.

— ¿Y eso te sorprende, Sam? — le pregunté.

— No, por supuesto — negó al momento —. Eres un humano muy guapo y tomos hemos visto los *tuppers*...

«Los *tuppers*» eran casi como el sueño húmedo de todos los solteros, según me había contado Tim una noche. Esos mismos que le daba a escondidas a Sam con malas excusas y estupideces como que los iba a tirar a la basura. Por supuesto, el Alfa en persona me había llamado para presentarse formalmente y decirme que la Manada se encargaría de pagarlos, a lo que yo solo respondí un breve: «de acuerdo, entonces, pero no prometo nada». No me importaba demasiado la Manada, no por el momento. La mayoría de los lobos que conocía me caían bien y sus visitas eran agradables, pero solo hacía aquello porque me lo había pedido Tim. Cuando conseguí que empezara a comer y le di las mismas botella de vitaminas que le había comprado al lobo pelirrojo en esa asquerosa semana montando el nuevo almacén en la que había vuelto cansado a casa, Tim lo celebró con un buen polvo y una frase susurrada mientras me abrazaba con fuerza.

— Eres justo lo que buscaba...

No puedo decir que aquel comentario no me hiciera sentir un poco raro, sinceramente. Sam tenía razón, Tim parecía un lobo muy feliz y me hacía muy feliz a mí. Se preocupaba con lo que tenía que preocuparse y bromeaba con lo que tenía que bromear; pasaba todos sus ratos libres conmigo, pero nunca me molestaba. Se quedaba cerca y se echaba una siesta, o miraba alguna tontería mientras me sentaba sobre él o, como no, teníamos una de esas sesiones de sexo largas y extenuantes.

Desde que pasó ese segundo Celo de octubre, las intenciones de Tim no habían sido ya demasiado sutiles. Estaba muy seguro de que hacía algún tiempo que no veía a más humanos y de que me prestaba toda su atención, incluso cuando

trabajaba y le dedicaba un momento para mandarme un mensaje tonto o un audio diciendo alguna gilipollez de las nuestras. Me llevaba introduciendo a la Manada desde ese día que le había ayudado en la gasolinera y los lobos se mostraban cada vez más abiertos conmigo. Cuando a mediados de ese mes me pidió que le acompañara a ver un campamento abandonado que el Alfa había comprado para Katy, su compañera, rompió el agradable silencio para preguntarme:

— Zack, ¿tú me quieres?

Le miré de reojo y arqueé las cejas.

— ¿Qué coño te pasa ahora, Tim?

— Responde, por favor.

Cogí una bocanada de aire y la solté mientras volvía a mirar al frente.

— Sí, sí que te quiero — murmuré.

El lobo pelirrojo asintió y apretó un poco más el volante.

— Si fueras mi compañero, ¿crees que te acabarías aburriendo y marchándote?

— Lo que creo que es que me está ofendiendo mucho que me compares con la puta de Daisy.

Tim volvió el rostro hacia mí, aprovechando el camino recto en mitad del bosque.

— Zack — me dijo en voz baja y seria —. Estoy enamorado de ti y ahora me da miedo haberme equivocado. Sé cómo eres y sé que no me dejarías sin más, pero eso no quiere decir que no me haya precipitado y haya cometido un error del que quizá en un futuro me arrepienta.

— Oh... — dije, poco impresionado con eso —. Así que ahora dudas de mí. Y yo que creía que me estabas llevando a una escapada al bosque para follar bajo las estrellas...

— Joder, Zack, te estoy hablando en serio — gruñó, llegando a golpear el volante —. Como me abandones... me... voy a morir — terminó diciendo en casi un susurro de ojos cristalinos.

— Tim — esperé a que me mirara y continué —. No te voy a dejar y a escaparme. Así que deja de decir gilipolleces y relájate antes de que me enfade de verdad.

El lobo siguió en silencio un largo rato más hasta que abandonó la carretera principal para adentrarnos en un camino de tierra que llevaba directo al campamento. Apagó el motor, pero dejó la luz del techo encendida un momento antes de volver el rostro hacia mí.

— Entonces, sí quisiera presentarte delante de la Manada y hacerte mi compañero, no pasaría nada... — me dijo.

Respondí a su mirada con la misma mueca indiferente y tranquila de siempre.

— Sí, sí que pasaría, porque voy a pedir mi puto sueldo de compañero y buscar una Guarida mejor a la que mudarnos. Una con despacho para que dejes ahí todas tus mierdas.

Tim tardó un par de segundos, pero terminó poniendo una media sonrisa e inclinándose para frotar su rostro contra el mío, terminando con un beso suave en los labios.

— Tenemos que asegurarnos de que todo funciona — dijo, ahora con su mismo tono animado de siempre mientras sacaba un portafolios de la guantera y me hacía una señal al exterior para que le siguiera. Una vez fuera, giró en dirección

al maletero y sacó otra bolsa que se colgó al hombro y otras dos de comida y cerveza — . La tienda de campaña — dijo con un encogimiento de hombros — . Hay que probar el suelo, ya sabes, por si es inestable; quizá comprobemos que el agua del lago es buena para el baño, también si la leña está seca para hacer una hoguera y calentar comida... Cosas importantes —concluyó.

— Por supuesto —sonreí, sacándome un pitillo de la cajetilla antes de seguir al lobo en dirección a las escaleras.

El campamento abandonado no era gran cosa. Estaba lleno de polvo y todo era viejo, pero al menos el agua funcionaba y la electricidad solo daba algunos problemas que tenían solución. Tras hacer un par de comprobaciones, Tim me llevó al espacio de tierra virgen y montamos la tienda de campaña allí; nada especialmente fastuoso, solo lo necesario para meter un colchón hinchable de dos y un pequeño farol eléctrico. Hicimos una hoguera y calentamos nubes de algodón mientras la carne se hacía a la brasa. Tim me rodeaba por la espalda, sentado justo detrás de mí mientras nos cubría a ambos con una manta que nos protegía de la suave brisa de otoño. Suspiré y me recosté contra él, apoyando la cabeza en su hombro y mirando el cielo estrellado. Jamás en mi vida creería que viviría una de esas experiencias idílicas de película romántica, pero ahí estaba yo: con mi enorme y apestoso lobo pelirrojo, comiendo nubes de algodón bajo el cielo más estrellado que había visto nunca.

Sin necesidad de decir nada, giré el rostro y le besé el cuello. Tim ronroneó un poco, mezcla de placer y excitación, bajó la cabeza y buscó mis labios, apretándome un poco más contra él y su ya cada vez más dura polla. Nunca había follado en una tienda de campaña y fue bastante divertido, sinceramente. Al final hacía tanto calor y olía todo tan fuerte que casi agradecía que tuviera una pequeña ventana por la que ventilar.

— ¿No querías ver las estrellas? — me preguntó Tim al oído, con un brazo bajo mi cabeza mientras me acariciaba la sien para mancharme con la fina capa de sudor que le empujaba en rostro.

— La verdad es que ya las estaba viendo antes cuando me follabas la boca — reconocí.

El lobo se rio y cogió una buena bocanada de aire antes de ronronear. No fue la única noche que pasamos allí. Como Tim había dicho, había muchas cosas que comprobar y era un lobo muy minucioso en su trabajo. Le dimos un buen repaso a las cabañas, a las camas y a las luces, anotando todo lo que estaba mal para que después vinieran a solucionarlo. Cortamos leña, lo que, inevitablemente, terminó en sexo porque no me iba a quedar allí parado mientras mi lobo estaba descamisado y sudando con un hacha en la mano como la encarnación de un *Lumberjack* de portada de película porno. Tim olió al instante mi excitación y decidió hacerme sufrir un poco con sus juegos de mierda y sus preliminares que, a veces, solo a veces, eran especialmente exasperantes para mí.

Volvimos a la ciudad tres días después. No había echado nada de menos, excepto el retrete: Tim me había contado una historia bastante tonta sobre unos gusanos que se te metían por el culo si estabas cagando al aire libre y, aunque no le creí, la verdad es que me ponía muy nervioso mientras lo hacía y saltaba al menor ruido.

—Mañana tengo que volver con los chicos para arreglar las cosas, pero cuando regrese tendremos toda la semana para nosotros mientras la Manada va al campamento —me explicó Tim tras la cena—. Le preguntaré a Dorian si podría llevarte a la fiesta de Halloween.

Y ahí estaba, como si nada, Tim había decidido que había llegado el momento y que su búsqueda había terminado. Yo iba a ser el compañero del lobo pelirrojo. Era un gran paso, por supuesto, pero, en realidad, nada cambió. El lobo pelirrojo no empezó a comportarse de forma diferente ni pasó más tiempo conmigo; primero, porque eso era imposible, Tim y yo no nos podíamos pasar más tiempo juntos de lo que ya lo hacíamos; y segundo, lo de ser «pareja» ya era algo que se había ido fraguando con el tiempo y que simplemente llegó a nosotros con facilidad. Lento pero sin pausa, el lobo y yo habíamos pasado de la amistad al romance casi sin darnos cuenta. Así que solo era cuestión de tiempo que algo así sucediera.

—Tenemos que ir de lo mismo —anunció Tim, volcando su rostro contra mi cuello mientras me abrazaba por la espalda.

—Iremos a la tienda después de desayunar y compraremos lo más barato que haya —respondí, soltando una calada de humo por la puerta de emergencias. Había empezado a llover, como siempre en aquella asquerosa ciudad, llenando el descampado frente a nosotros y la carretera de charcos. Chasquéé la lengua y solté un jadeo de cansancio—. Pero va a haber un montón de subnormales allí y me van a enfadar...

—Tú te enfadas con cualquier cosa, Zack. Incluso follando.

—Me enfado follando porque a veces te pasas con los putos preliminares, Tim —le corregí, arrojando la colilla al callejón antes de cerrar la puerta.

El enorme lobo pelirrojo se limitó a ronronear con una sonrisa y a frotarse el rostro contra mi pelo. Se separó de mí para dejarme moverme, me dio un beso en los labios y se fue a vestir, porque seguía desnudo tras la ducha caliente. Visitamos la cafetería que Tim había encontrado en internet, una en el bajo de un centro comercial con dos plantas, toda clase de bollería y café servido en tarros de un litro. Era cara de cojones, sinceramente, pero desde que la Manada me pagaba un sueldo absurdo por no hacer nada, podía permitírmelo, aunque Tim pidiera enormes rodajas de tres tipos de bizcocho de veinte dólares el kilo. El lobo siempre miraba el móvil mientras desayunaba y encontraba alguna noticia o plan sobre el que charlar, si decidíamos ir, lo apuntaba en la agenda para no olvidarse. Eso producía una reacción de ojos en blanco de mi parte. Sinceramente, nunca hubiera imaginado acabar con un lobo, y mucho menos acabar con un lobo raro y *nerd*, pero, para mi sorpresa, quería muchísimo a Tim y todas sus rarezas.

Cuando fuimos a comprar al centro comercial, pasando primero por el súper mercado para la compra semanal —para la que Tim había hecho una jodida lista—, dimos una vuelta por algunas tiendas y terminamos en la de disfraces, donde un hombre gordo nos echó una mirada asustada y preocupada.

—*Boo...* —le dije cuando pasamos por delante, lo que hizo que Tim soltara una carcajada bastante ruidosa.

Encontrar un disfraz de la talla de Tim era algo imposible, así que nos fuimos directos a la sección de accesorios y el lobo encontró unas gafas con bigote y cejas

falsas. Me entregó unas y se puso las otras, levantando la manos como si dijera «ya está el disfraz». Asentí varias veces, totalmente de acuerdo con pagar cuatro dólares y resolver el problema. Con todo listo, solo tuve que esperar a que llegara ese fatídico fin de semana en el que, oficialmente, me convertiría en un puto Omega que cargaría con el cerdo de su lobo durante toda la vida. *Yupi...*

— Escucha, Zack — me dijo Tim cuando subimos al Toyota —. Esto es importante, ¿de acuerdo? No tienes que ponerte nervioso, aunque entiendo que la Manada sea un poco intimidante al principio. Tampoco hace falta que le caigas bien a todo el mundo ni nada de eso, solo sé tú mismo y... intenta no parecer tan indiferente. Solo esta vez — me pidió.

Giré el rostro hacia él, mirándole a través de las gafas de broma con el bigote negro, la nariz falsa y las cejas gruesas.

— ¿Qué pasa, Tim? ¿Te avergüenzas de mí? —le pregunté mientras una sonrisa malvada se extendía en mis labios—. ¿Prefieres que me quede en el coche esperando?

El lobo puso los ojos en blanco y negó con la cabeza, también llevaba sus gafas puestas, lo que hizo aquel gesto todavía más gracioso de lo que ya era. Encendió el reproductor del coche y buscó un poco de la música movida que a mí me gustaba, pero bajó el volumen para poder seguir hablando.

— Yo jamás me avergonzaría de ti, Zack. Te quiero muchísimo, ya lo sabes.

— Agh... Cuando te pones a decir esas cosas suenas como un gilipollas.

Tim se volvió hacia mí, me miró con su nariz falsa y su bigote espeso, alargó su mano y rodeó la mía.

— Te quiero más que a nada, Zack... eres toda mi vida... Si me pidieras que me arrancara el corazón y te lo diera aquí mismo...

— Que te jodan, Tim —le interrumpí—. Te aseguro que no quieres enfadarme antes de la puta fiesta.

El lobo pelirrojo se rio muy alto, llenando el Toyota de su carcajada grave. Para terminar, se inclinó y me dio un beso en la mejilla, porque yo me negué en rotundo a seguir prestándole atención.

— Nos presentaremos ante Dorian y Katy, nos tomaremos algo, hablaremos con un par de Machos y, si quieres, nos quedaremos a ver las películas malas. ¿Qué te parece?

— Me parece que tienes bastante miedo de que la cague —respondí, yendo a buscar un cigarro al bolsillo antes de encenderlo con el *zip* plateado y abrir la ventanilla para echar el humo.

— Sé cómo eres, Zack —murmuró él—. Sé que te encanta parecer un cabrón arrogante y decir lo primero que te pasa por la cabeza, pero esta es la Manada. Nuestra Manada. Así que me gustaría que controlaras un poco ese mal genio tuyo y fueras más el Zack divertido que el Zack hijo de puta.

— El Zack hijo de puta es bastante divertido —le aseguré.

Tim se rio de nuevo.

— Lo es, a mí me encanta, pero... solo esta noche, por favor, Zack —terminó pidiéndome en un tono más serio.

— Tim, deja de insistir. Empiezas a parecerte a esos gilipollas que me repetían las cosas como si yo fuera gilipollas e incapaz de entender la diferencia entre el mal y el bien.

El lobo pelirrojo se limitó a asentir. Ya le había contado muchas cosas de mi pasado, quizá demasiadas, para que entendiera que era mejor dejarme tranquilo cuando nombraba algo de aquella época. Lo único que hizo fue mirarme fijamente y darme un buen beso con lengua cuando aparcó el todoterreno. Después suspiró, me rozó la nariz con la suya y sonrió para bajar del coche. Yo tomé una última y profunda bocanada. Allí íbamos...

La fiesta... era una mierda, sinceramente. Era cutre de cojones y la música era horrible. Había un montón de lobos allí, muchos más de los que me había imaginado que habría. La Manada era bastante amplia y me sentí algo abrumado al entrar: había muchos Machos, pero también compañeros, ancianos, adolescentes e incluso niños correteando de un lugar a otro con sus disfraces. Tim sonreía y me rodeaba los hombros, dándome leves apretones cuando temía que yo pudiera sentirme más agobiado, como cuando nos acercamos al enorme lobo calvo de ojos amarillentos y a la preciosa rubia que le acompañaba. Ambos iban disfrazados de bucaneros o piratas o algo así, pero eso no le quitaba intensidad al aura amenazadora que rodeaba al Macho, quien nos miraba muy fijamente mientras nos acercábamos.

— Dorian — le saludó Tim con una inclinación de cabeza bastante profunda —. Katy — añadió hacia la mujer, que no paraba de sonreír como si estuviera muy emocionada por alguna razón —. Os quiero presentar a Zack.

Había llegado mi gran momento. Asentí y dije:

— Hola.

— Hola, Zack. Yo soy Dorian, el Alfa. Ya hemos hablado por teléfono antes.

— Ah... — asentí —. Así que tú eres el que me paga tanto dinero.

— Exacto — afirmó él.

— Qué ganas tenía de conocerte, Zack — dijo su compañera, Katy —. Tim nos ha hablado mucho de ti.

— Sí, Tim habla mucho todo el rato — le dije.

Ella se rio como si hubiera sido un gran chiste, aunque no lo había sido.

— Espero que no todo el rato... — murmuró Dorian antes de darle un trago a su bebida en un vaso con dibujos de murciélagos sobre fondo naranja.

Creí entender algo, una especie de puntilla afilada a la que no pude resistirme a responder:

— No, Dorian, tranquilo. Cuando follamos el único que grita soy yo.

Katy se quedó un poco impactada, pero al alfa se le escapó un bufido y tuvo que cerrar los ojos y tomarse un momento para tragar antes de poder decir:

— Ha sido culpa mía por hablar — reconoció —. Id a tomar algo, divertíos.

— Gracias, Dorian — respondió Tim, apretándome un poco hacia él antes de despedirse de ambos con un movimiento de cabeza y llevarme hacia la mesa de dulces —. Sabía que Dorian y tú os ibais a entender muy bien — murmuró en mi oído —. Los dos sois un poco cabrones.

No dije nada. Yo también estaba algo sorprendido porque aquel comentario por lo bajo del Alfa también me había hecho gracia. Dorian sí parecía el tipo de hijo

de perra de los que me gustaban, pero todavía era pronto para confirmarlo. Por el momento, me centré en ir en busca de una cerveza y seguir a Tim mientras saludaba a otros lobos, presentándome un poco por aquí y por allá hasta que, finalmente, nos reunimos con el grupo de siempre.

— Veo que los de los disfraces de mierda no va a cambiar aunque ahora seáis dos — nos dijo Matt con una sonrisa cruel en su atractivo rostro.

— Tu vas en tanga, Matt — le recordé, señalando lo jodidamente obsceno que era todo. Iba prácticamente desnudo, enseñando su musculoso cuerpo y con el pelo suelto. Pero no importaba, porque aquel enorme bulto en su entrepierna llamaba demasiado la atención como para mirar a cualquier otra parte. Y eso que estaba delante de un montón de gente y niños pequeños.

— Es un taparrabos. Soy Tarzán — respondió.

— Sí, Tarzán el Rey de la Banana de un club de estriptis.

Matt se rio y me guiñó un ojo.

— Gracias, Zack.

— Zack ya tiene un Rey de la Banana Pelirroja, Matt — dijo Cormac, apareciendo por un lado con una cerveza en la mano — . Llegas tarde para que te la pele y se la coma.

Tim y yo nos reímos, pero señalé al lobo y le pregunté.

— ¿Y tú de coño vas?

— De galleta — respondió, como si fuera obvio. El lobo se había recortado dos círculos de cartón y se los había pegado en su piel de chocolate.

— Ah... — comprendí — . Así pueden lamer bien el relleno...

— ¡Sí! — exclamó él, riéndose muy alto.

La ruta de tener que presentarse y fingir que me importaban la docena de nombres que me soltaban sin parar, había sido una mierda, pero cuando encontramos al grupo de lobos, la verdad es que la noche se volvió bastante divertida. Nos sentamos en unos sofás, bebimos y hablamos de gilipolleces hasta que los ancianos, los niños y algunos Machos se empezaron a ir; entonces comenzaron las películas. Tim me rodeó los hombros en el sofá y se inclinó un poco para murmurar comentarios y compartir risas bajas. Cuando volvimos al coche ya era bastante tarde, pero me sentía bastante a gusto.

— ¿Te lo has pasado bien? — me preguntó Tim.

— Solo cuando fuimos con los chicos — respondí, fumando un cigarro por la ventanilla — . El resto me fue bastante indiferente.

Tim sonrió y asintió, comenzando a conducir de vuelta a la Guarida.

— Somos una Manada grande, es normal que haya grupos separados. No tienes que llevarte bien con todos, tranquilo.

Tras mi «gran presentación» en la Manada, fue algo oficial. Ahora yo era el compañero de Tim.

Yupi...

MI MARIDO PELIRROJO

Cuando sonó el móvil sobre la mesilla, resoplé y entreabrí los ojos cerrados. Tim fue el que alargó la mano para buscarlo por mí, sabiendo que yo no iba a moverme mientras disfrutaba de mi nube de felicidad y calma post-sexo.

— Es Dorian — murmuró con la voz ronca, dándome el nuevo smartphone que me había comprado y al que, después de programarlo, había puesto un fondo de pantalla de los dos juntos en el sofá. La misma foto que tenía en su teléfono. Volví a resoplar y acepté la llamada.

— Dorian, no quiero que te lo tomes a mal, pero ahora mismo tengo la polla de Tim inflamada en el culo y estoy en mitad de una nube.

— Por cómo huele Tim desde que te conoce, diría que eso es algo normal — respondió.

Se me escapó un bufido y una sonrisa.

— Me gusta cuidar de mi Macho — le dije echando una mirada a Tim, el que todavía suspiraba con una ligera sonrisa en los labios y las manos tras la cabeza.

— Sí, eso parece — afirmó él —. Llámame en cuanto puedas, Zack. Tengo algo que proponerte.

— Bien — respondí, colgando y dejando el móvil sobre la cama.

— ¿Vamos al *Sweet* o al *Coffe Velvet*? — me preguntó el lobo, entreabriendo tan solo un ojo para mirarme.

— *Sweet* — respondí sin más, tirando de las mantas para taparnos un poco y cerrar los ojos. Todoapestaba a Tim y había un calor demasiado agradable en la cama para pensar si quiera en levantarse todavía. Si me había condenado a mí mismo a cuidar del lobo pelirrojo el resto de mi vida, al menos iba a disfrutarlo.

Tim me dejó veinte buenos minutos, hasta que volvió a despertarme con un ronroneo y una caricia en la espalda. Me llevó al baño para darnos una ducha y salió en busca de la ropa para que no me cogiera el frío después de estar bajo el agua caliente. Una vez listos, fuimos a buscar las cazadoras y las llaves sobre el taburete verde para salir de casa. El Sweet era una de esas cafeterías que parecían más bien librerías que servían café y bollos. Pedí una montaña de muffins para él y un sándwich para mí, nos lo llevamos a la mesa de siempre al lado de la ventana y le dediqué un corte de manga a un gilipollas con portátil que se había quedado petrificado al vernos allí. Pero lo hice con una sonrisa, porque el hombre le había dado un repaso a mi lobo de arriba abajo mientras tomaba una buena bocanada de aire, tratando de aspirar su Olor a Macho entre el aroma a café recién hecho y bollería. Tim, por supuesto, no se había dado cuenta, solo se había sentado antes de sacar el móvil y empezar a meterse *muffins* en la boca como un animal.

— Hola, Dorian, ¿de qué querías háblame? — le pregunté al Alfa.

— ¿Ya no tienes nada metido por el culo, Zack?

— No, ya no, pero date prisa, quizá lo tenga en una hora antes de ir al trabajo.

Se oyó un bufido al otro lado de la línea y, tras una respiración, continuó:

—Supongo que Tim te habrá hablado de Nick, el Primer SubAlfa.

—Me suena el nombre, sí —murmuré. Por supuesto que Tim me lo había contado todo, pero eso no era algo que Dorian necesitara saber—. Creo que le vi en la fiesta.

—Tengo entendido que tienes una gran experiencia con jóvenes problemáticos. Tim me ha dicho que has estado en varios reformatorios...

—¿Eso te ha dicho? —pregunté, mirando a mi lobo con una expresión seria que hizo saltar todas sus alarmas.

Tim se quedó con la boca y la barba pelirroja llena de migas, muy quieto y encogido en una postura de tensión. «Te quiero...», susurró, como si con eso pudiera apaliar mi inminente enfado.

—Tim habla mucho... —dije, pero tomé una bocanada y cerré los ojos antes de preguntar—. ¿Nick te está dando problemas, Dorian?

—Unos pocos... —respondió en voz baja—. ¿Por qué no vienes a mi despacho y lo hablamos en persona? Está al lado del Refugio, en la última planta del edificio de oficinas en la que hicimos la fiesta de Halloween.

Miré por la ventana, hacia la lluvia y la luz plomiza que lo bañaba todo.

—Bien... —murmuré, aunque, por alguna razón, no estaba demasiado entusiasmado por la idea—. Iré esta noche. —El Alfa se despidió con un breve «de acuerdo» y colgó—. ¿Por qué coño le andas a contar a Dorian nada de mi vida, Tim? —le pregunté al lobo.

Él tragó el medio muffin que se había metido en la boca y ayudó a bajarlo con dos tragos de café antes de responder:

—Escucha, Zack, eres un hombre muy astuto y...

—Tim... —eso fue una advertencia, la primera y última que le daría.

—Vale —asintió lentamente—. Cuando Dorian me dijo que Nick podría ser problemático, le hablé de que tú tenías experiencia en ese campo. Has ayudado muchísimo a Sam, quizá también pudieras ayudar a Nick...

—¿Ahora soy una jodida hermanita de la caridad, Tim? ¿Crees que voy a ir por ahí solucionando los problemas de la gente?

—No, Zack... —bajó la mirada y se tomó un momento antes de añadir—: pero me gustaría mucho que ayudaras a la Manada...

—Ah... Así que yo no voy a ser de esos compañeros que solo se dedican a cobrar el dinero y chuparle la polla a su lobo. Yo tengo que hacer cosas... Claro...

Tim me miró con su expresión seria yladeó el rostro, lo que quería decir que no le gustaba lo que estaba oyendo.

—Zack, tú vales mucho más que eso. Siempre me has dado muy buenos consejos y estoy seguro de que también podrías dárselos a Dorian. A veces le da muchas vueltas a las cosas y necesita una perspectiva más clara y directa como la tuya —alargó la mano por la mesa y rodeó la mía con cariño—. No te enfades y te quejes porque piense que podrías aportar muchísimo a la Manada.

—Me enfado porque todavía no he cobrado mi sueldo de compañero, y temo que no sea suficiente dinero para todos esos «buenos consejos» que doy. Quizá Dorian debería darme un extra por ellos.

Tim terminó poniendo los ojos en blanco, negando con la cabeza y mirando por la ventana.

—No es un sueldo, es tú dinero de compañero, Zack... —repitió—. Y, por favor, no le pidas dinero a Dorian. Lo digo en serio —volvió a mirarme con sus ojos de chocolate—. La Manada no paga ni cobra, Zack.

No dije nada, me limité a pasarme la lengua por los dientes y a quedarme con los parpados caídos. Cuando esa noche fui a hablar con Dorian a su despacho, que, por cierto, olía terriblemente fuerte y agrio, lo primero que le dije fue:

—Dorian, creo que tú y yo nos entendemos bien. No hemos hablado demasiado, pero he percibido una conexión rápida entre nosotros. No me importa ayudar, porque la Manada ha sido buena conmigo y quiero mucho a Tim, pero soy esa clase de hombre al que le gusta sentirse querido y recompensado por sus esfuerzos, ¿lo entiendes?

El Alfa se quedó un momento en silencio, se inclinó sobre su sillón y terminó por asentir lentamente.

—Por supuesto. Yo soy muy generoso con aquellos que me ayudan, Zack, me gusta darle a cada uno lo que se merece. Lo bueno y lo malo...

—Entonces sí que nos entendemos bien —dije, recostándome un poco en la silla—. Entonces, dime, ¿qué pasa con ese Nick?

Diría que ahí empezó mi trabajo como consejero del Alfa. No fue algo oficial hasta mucho tiempo después, pero, por el momento, Dorian cumplió su promesa y «solo por comodidad», me ofreció un trabajo administrativo en el edificio de oficinas. Al principio estuve a punto de negarme, pero le di un voto de confianza al Alfa y acepté. Resultó que aquel trabajo solo era una mala excusa para tenerme cerca y que «mis tareas administrativas» se limitaban a encender el ordenador y mirar *YouTube* hasta aburrirme. Incluso me había preparado una habitación para mi solo, con sofá, mini nevera, un escritorio a un lado y calefactor para cuando hiciera frío. Tim arqueó bastante las cejas al ver aquello, pero enseguida sonrió y se trajo una de sus mantas de la Guarida para dejarla en el sofá. No dijo nada, pero yo sabía que solo lo había hecho para dejar su Olor a Macho allí; como si los polvos que echamos sobre el sofá no fuera suficientes.

La cosa se complicó un poco cuando empezaron a llegar otros lobos, atraídos por el alcohol gratis, el calor y la comodidad. Entonces Carl nos regaló un letrero para colgar en el pomo de la puerta donde ponía: «No pasar».

—No quiero volver a veros follando en mi vida —nos dijo con tono serio.

—Eso fue culpa tuya por no llamar antes —replicó Tim desde el sofá, donde prácticamente se pasaba la noche cuando no tenía que ir al Puerto.

—Esto es de la Manada, no tu «Segunda Guarida», Tim —insistió Carl.

—Fue tu culpa por no llamar —repetí, apoyando a mi lobo, porque tenía razón—. Pero gracias por el cartel, lo pondremos siempre...

Y eso hicimos. El propio Tim se encargaba de darle la vuelta antes y después del sexo; pero eso no evitaba que la oficina apestara a polla de lobo pelirrojo porque a él le seguía encantando tomarse su tiempo para manchar todo lo posible. Al menos teníamos la delicadeza de tener ropa de repuesto para cambiarnos y hacerlo sobre la manta, que quitábamos antes de que los demás lobos volvieran. El Beta pelirrojo siempre entraba en la oficina, aspiraba el aire y ronroneaba, encantado de lo muchísimo que apestaba a él. Entonces se desnudaba directamente y me abrazaba; a veces para manchar un poco más y a veces solo

por placer. Él era el único que se podía desnudar allí y, de alguna forma, creo que lo usaba como una marca distintiva para el resto de Machos. Ni siquiera se vestía cuando llegaba el resto, solo se ponía la manta por encima o me usaba a mí, sin pudor alguno.

Como el sexo era algo más que común entre ellos, ninguno dijo nada al respecto. Siguieron viniendo. Al final, trajeron sus propios asientos, llenando la oficina y apartando incluso el escritorio que nadie usaba, solo para dejar la televisión allí y poder ver películas y partidos mientras bebían y comían gratis. Para cuando llegó Navidad, mi oficina ya se había convertido en una especie de Madriguera para Machos Solteros.

Fue un momento bastante tranquilo y feliz. Tim y yo pasábamos casi todo el tiempo juntos, Dorian me llamaba de tanto en tanto para comentarme alguna cosa y el problema con Nick estaba cada vez más bajo control. Resultó que el joven solo estaba un poco perdido y era un cabrón orgulloso. Solo tuve que hablar con él e invitarle a la oficina para que se serenara un poco; todavía daba problemas, pero al menos ya no se ponía como una fiera cuando se lo echaba en cara.

En la cena de Navidad incluso le regalé un *zippo* que le encantó, como la ropa interior de Katy que Dorian celebró con un leve ronroneo bajo, dedicándome una mirada y una leve sonrisa. Resultó que el Alfa y yo acabamos siendo buenos amigos, o, al menos, dos hombres que se entendían tan bien que a veces daba miedo. Ambos éramos unos cabrones retorcidos, pero nos preocupábamos por la Manada y no teníamos problema a la hora de discutir planes o tomar decisiones conjuntas. La única gran crisis que surgió fue en enero, cuando raptaron a Katy. Fueron momentos difíciles, sin duda. No quiero decir que fuera culpa mía por decirle a Sam que fuera a ver la exposición del museo, pero quizá las cosas hubieran sido diferentes si no lo hubiera hecho. Dorian se volvió loco, tuve que interponerme para que no saliera como un subnormal a por los Medianoche. Esperamos a que Sam se recuperara y después atacamos a los Aullido, los verdaderos culpables del rapto. Por supuesto, tuve que detener a Dorian para que no fuera solo en una misión suicida al bar de carretera. Cuando llamé a Tim para advertirle, acudió a toda prisa desde el puerto con todos los Machos que pudo. Al verme en el local con la asustada compañera, se acercó a grades pasos y se interpuso para protegerme, gruñendo a los Aullido.

Creímos que ese sería el final, pero Nick cometió un grave error y capturó a la compañera de un SubAlfa de los Aullido. No os voy a aburrir con los pormenores de una Guerra, pero digamos que gracias a mí conseguimos engañar a los Medianoche para que se enfrentaran a la Manada de Bremerton; una lucha que les desgastó hasta el límite en el que Dorian decidió atacarles para hacerse con el control de todo el Territorio.

Fue una noche dura, pero Tim no paraba de enviarme mensajes rápidos con breve información de dónde estaba y lo que hacían. Yo les leía sin parar fumando en la entrada del edificio, sintiendo una vibración en el pecho cada vez que recibía uno nuevo. Cuando los lobos empezaron a regresar, Tim me confirmó que ya habían ganado y que todo había salido bien, a excepción de la gran explosión de un almacén en la que Nick y otros machos habían muerto. La Guerra era peligrosa

y, aunque lo hubiéramos tratado de planear todo, ocurrían imprevistos como aquel. Sentí una profunda pena por el joven, pero al menos mi lobo estaba vivo y había vuelto con tan solo un par de rasguños y una amplia sonrisa en el rostro. Tras aquello y el funeral de los caídos. Dorian decidió darle el control de Tacoma a Tim, dedicándome una breve llamada para decirme que, esperaba, pudiéramos seguir charlando a menudo si la situación lo requería. Respondí con un simple: «Claro, Dorian, sin problema» y me fui con mi lobo a Tacoma. Buscar un apartamento decente en la zona no fue complicado, caro, pero no complicado. De todas formas, yo cobraba muchísimo dinero de la Manada porque el Alfa sabía cuidar de sus valiosos activos como yo. Terminamos cambiando de Guarida a una casa colonial de ladrillo rojo con jardín y tres habitaciones en la planta superior. Si alguna vez me hubiera imaginado que acabaría en un lugar así, debía estar demasiado drogado para pensar con claridad; aunque, siendo sinceros, tampoco me había imaginado jamás acabar con un lobo pelirrojo que me llenara la casa de putas figuritas y estanterías con películas y series. Así que se podría decir que la vida daba muchas vueltas.